

BOLSABROS
BRUGUERA

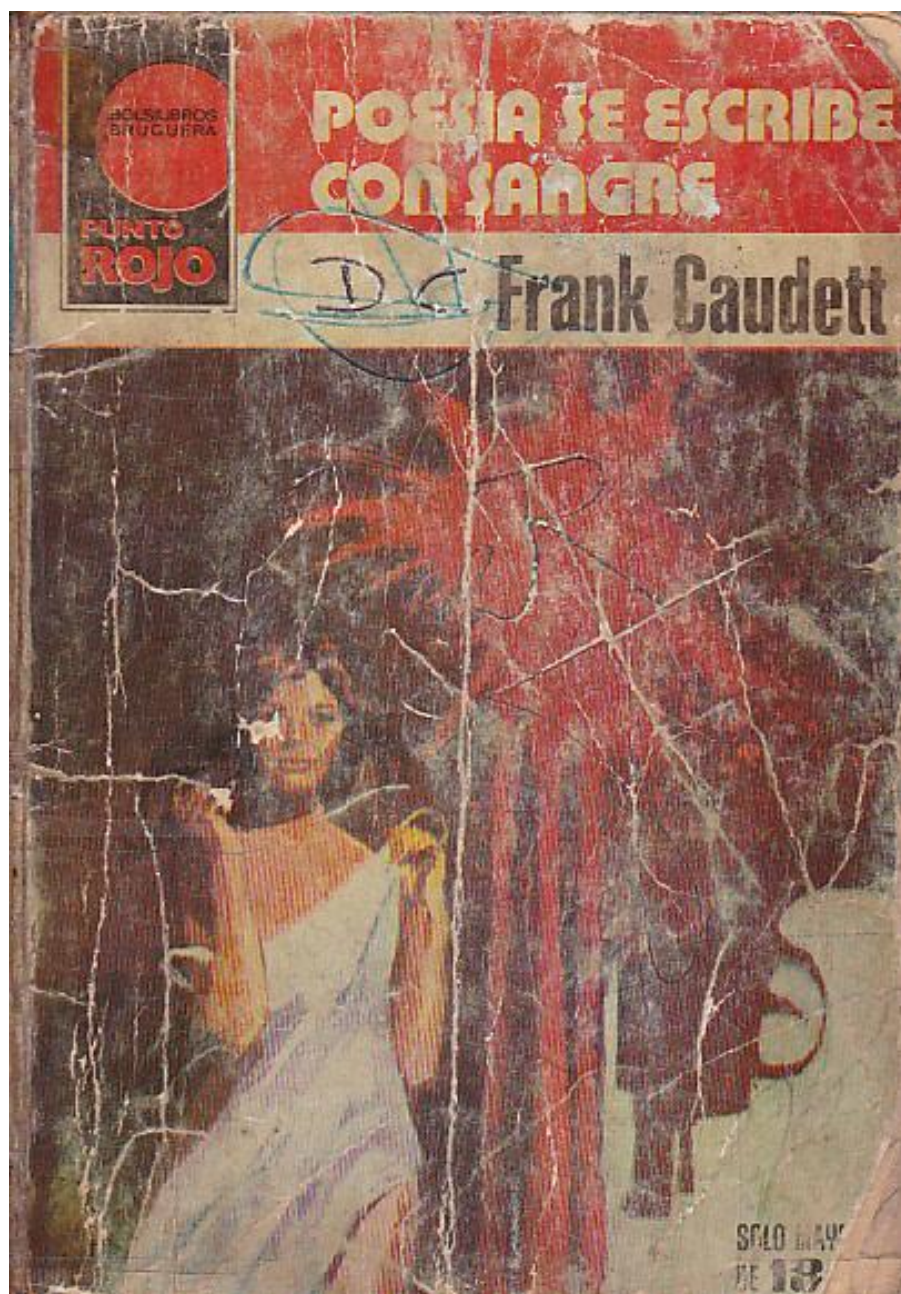
PUNTO
ROJO

POESIA SE ESCRIBE CON SANGRE

DC Frank Caudett



SOLO MAY
DE 19



FRANK CAUDETT

POESIA SE ESCRIBE CON SANGRE

Colección PUNTO ROJO n.º 1006

Publicación semanal

ISBN 84-02-02520--X Depósito legal: B. 20.599 1981

Impreso en España Printed in Spain

1.a edición: agosto. 1981

© Frank Caudett - 1981

Texto

© Desilo - 1981

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1981

CAPITULO PRIMERO

Derek Brown. Gusto en conocerles.

Y yo, Derek Brown, no podía quejarme de cómo me había tratado la vida en los últimos tiempos.

No todo el mundo puede decir lo mismo en la época en que tenemos la desgracia de arrastrarnos por este valle de lágrimas.

Pero no siempre había sido cuestión de coser y cantar.

Los principios, como a todo hijo de vecino, me resultaron difíciles. Más que eso, pesados como una losa de mármol. Porque para no contrariar la ilusión del «viejo» me vi abocado a estudiar leyes. El hombre trabajaba como un chino para que su hijo fuese todo un señor letrado, y yo, en conciencia, no podía defraudarle.

Lástima que el pobre no pudiese ver cumplidos sus sueños porque «cascó» de un infarto antes de que su retoño, yo, recibiese mi licenciatura.

Y convertido ya en todo un señor letrado, un jurisconsulto, o un leguleyo como en verdad se suele llamar a los que, como yo, con el título bajo el brazo y sin puta perra buscan un lugar donde iniciarse, pendientes del sueño dorado de establecer algún día su propio, particular e independiente bufete, salí a la calle —vida o mundo, llámenle como les dé la gana— dispuesto a buscarme las habichuelas.

Y tuve la fortuna de darme de narices con Max Huseland.

Max Huseland era —y es— un mafioso de segunda fila. La «familia» no le echaba demasiada cuenta y lo dejaban que se entretuviera en pequeñeces, siempre y cuando no metiera las narices por las alturas. Max, consciente de sus limitaciones, y consciente también de que si se «pasaba» aparecería flotando en el Pacífico con las tripas llenas de plomo, iba a lo suyo.

Algo de prostitución, un poquito de droga blanda, préstamos a un interés más que abusivo, protección a un círculo limitado de comerciantes de baratillo, etc.

Y tenía a sus matones a sueldo, ¿cómo no?, para convencer por las malas a las chicas de la calle que se desenvolvían dentro de su circunscripción y se negaban a pagar las tarifas establecidas, a los que

compraban la droga a quien no debían o a los que se empeñaban en venderlas por su cuenta, a quienes no pagaban en la fecha fijada el interés de los préstamos y a los comerciantes que no abonaban la correspondiente cuota de protección.

A las nenas, los chulos de Huseland les hacían una señal en la cara, normalmente con una navaja; a los drogadictos que pretendían independizarse se les pinchaba con una sobre- dosis; los que no eran puntuales en el vencimiento de los créditos solían acabar con las piernas rotas y en el peor de los casos la cabeza; y los establecimientos que rehusaban la protección del señor Huseland amanecían con todo el género destrozado o con la tienda convertida en un solar porque había sido pasto de las llamas.

Me tropecé con Huseland, sí. Y me dijo, dándome no sé cuantas palmadas en la espalda:

—Muchacho, tú eres el tipo que yo estaba necesitando. ¡Sí, señor! Trabajarás para Max Huseland y en poco tiempo te convertiré en el abogado más famoso de esta mierda de

ciudad.

No me convencía todo aquello, desde luego. Pero si andaba con tantos escrúpulos y tanta leche, me iba a morir de hambre o tendría yo que pagar a los clientes para que me dejasen que los defendiera.

—Macho, a mi lado —siguió diciéndome Max, mientras me arreaba palmada tras palmada, con sonrisa ostentosa y grandilocuente—, ¡te lo juro por éstas!, serás todo un hombre. Chavalas a punta de pala, los bolsillos bien calientes y todo lo que te salga de... lo que te venga en gana, lo que quieras, muchacho.

Cumplió Huseland, ¡vaya que sí!

Chavalas, dinero y una vida que no la hubiera soñado ni borracho.

Yo también cumplí, claro.

Sacando de los precintos policiales con todas las triquiñuelas legales habidas o por haber a sus chicos, cuando la bofia los trincaba en el ejercicio de sus sucias funciones, por falta de pruebas o porque éstas fuesen circunstanciales, con mi mandamiento de *habeas corpus* bajo el brazo cuando era preciso, o defendiéndoles frente al fiscal de distrito correspondiente y presentándolos ante un jurado —la mayor parte de las veces «untado»

de antemano— poco menos como auténticas hermanas de la caridad.

Fiestas de hermandad entre los que componían el mundillo menor del hampa, con mi puro entre los dientes como un Capone venido a menos, niñas a mi alrededor muy destapadas que recordaban la época del charlestón, que me susurraban al oído el numerito que me iban a dedicar aquella noche, y así sucesivamente.

Hasta el día en que me asqueé definitivamente de todo aquello, puede que porque ya tuviera los bolsillos bien calientes, o quizá porque en el fondo mi conciencia seguía viva y seguía diciéndome día tras día que y despreciable como toda aquella gentuza con quien me codeaba y le dije a Huseland, con mucho tacto:

—Max, tengo un grave problema con la vieja.

—Diablos, Derek. No será nada que yo no pueda solucionar, ¿verdad?

—Sólo lo puede solucionar un cirujano que vive en Suiza. Se trata de una intervención cardíaca extremadamente delicada y peligrosa. La vida de mi madre depende de la habilidad de ese hombre. Pero ahí no termina todo, Max.

Me miró con las cejas muy levantadas y la expresión evidentemente sorprendida.

—¡Ah... no! ¿Qué pasa entonces?

—Que si la operación tiene éxito deberemos seguir en Suiza porque la vieja, amén de necesitar un clima frío y seco, deberá seguir mientras viva bajo los cuidados de ese cirujano.

Max Huseland soltó un taco bastante gordo porque con mi partida San Francisco se le venía encima. Dejando aparte el taco, dijo:

—¡Puñetas, Derek! ¿Te das cuenta de la situación en que vas a dejarme?

—Buenos abogados los tiene a patadas a la vuelta de la esquina y yo, palabra, madre sólo dispongo de una.

Acabó entendiéndolo y me agradeció los servicios prestados con un fajo de billetes en el que conté quince de los grandes.

Al día siguiente cogí a la vieja y cruzamos la geografía estadounidense de extremo a extremo. San Francisco se quedó atrás y senté mis reales

en la urbe de los rascacielos, allí

donde sabía no llegaban ni por asomo los tentáculos ni las conexiones de Huseland porque en caso contrario la «familia» se hubiera encargado de rebanarle el gaznate.

Me tomé las cosas con calma y hasta pude llevar a cabo la verdadera ilusión de mi vida: eso que otros llaman vocación. Obtuve una licencia de detective privado. Porque lo que a mí, en realidad, me había apasionado siempre, era esa «marcha». El ser detective significaba para mí algo parecido a la bohemia de los viejos pintores parisinos, de aquella ente que poblaba las calles de un Montmartre hoy venido a menos y que, entre hambre, dificultades y sueños que raras veces llegaban a realizarse, vivíais a su aire... pero vivían la vida de la única forma que debe vivirse: saboreándola gota a gota, segundo a segundo.

Pero yo, seamos sincero, lo tenía bastante más claro que los bohemios de Montmartre.

Me monté un despacho de película en el Queens, concretamente en Nassau Boulevard 1218, en la zona de Little Neck frente al Lake Success Park, me hice anunciar en los rotati-vos más importantes de la city —*New York Times*, *Herald Tribune* y otros—, cosa que impresionó a más de uno porque encontrar en una sola pieza detective y abogado no era cosa frecuente y fueron llegando los primeros asuntos, todos en manos y boca de gente a la que no le importaba pagar unos dólares más, y también llegaron los primeros éxitos, alguno de sonado, que Alan Kallberg, periodista que no le hacía ascos a los billetes de cien, se encargaba de dorar, condimentar y publicar con letras de molde.

Eso fue la consecuencia de que yo empezase a caerle gordo a más de uno, especialmente al ínclito capitán de la Brigada de Homicidios, Harvey Kramer, al que le

«pisé», como se dice en el argot, un par de asuntos de envergadura y juró, a renglón seguido, no descansar hasta hundirme.

En ello andaba empeñado el hombre, siempre al acecho, y con esa paciencia oriental de los árabes que se sientan a la puerta de su casa hasta que ven desfilar el féretro que contiene el cadáver de su enemigo.

La verdad sea dicha, Kramer me impresionaba poco. Me traía sin cuidado, por no decirlo de otra forma más gráfica y también más grosera.

¡Ah!, ya se me olvidaba. En el antedespacho de mi bufete lucía y se lucía una preciosidad llamada Peggy Sullivan —luego me extendiendo en más detalles sobre ella, porque los hay y muchos para extenderse—, mi secretaria, eficiente profesional e inestimable colaboradora con la que, lo digo de paso, había intentado mis más y mis menos, quedándome casi siempre en los menos.

Y así, en líneas generales, iban funcionando las cosas para un servidor, Derek Brown, hasta aquella mañana, soleada mañana de mayo, en que a bordo de mi flamante y fabuloso Ford-Mustang rojo con franja lateral azul, me dirigí, más temprano de lo que acostumbraba, rumbo a la oficina.

Metí el «carro» en el parking del edificio, recibí el versallesco saludo del encargado de la zona de estacionamiento —doscientos al mes me garantizaban el que mimase el coche y me hiciera casi genuflexiones— y tomé el elevador privado en pos de la planta treceava.

Pensando en que los últimos días habían sido de mucha calma y pensando también en lo apetecible que aquella mañana, como todas, estaría Peggy.

Lo de la chica lo iba a confirmar cuando pusiera un pie dentro del antedespacho. Y más tarde, sin que lo imaginase en principio, la calma de las últimas fechas iba a alterarse dejando paso a una tempestad que en un tris estaría de arrasarme.

CAPITULO II

Estaba buena —perdonen la expresión poco ortodoxa pero tremendamente gráfica—

porque su madre del alma la había parido así. Así de buena, ¡vaya!

La miré. Y mi mirada debió ser todo un explícito poema.

Se hizo la «loca».

—¡Buenos días, madrugador!

—Ha sido por verte antes, palabra. Unos días más en tu compañía son como un bálsamo reconfortante que...

—Déjate de sandeces —me cortó, agregando—: Tienes un repertorio muy caduco.

Abrí ambas manos en expresión fracasada.

—Si te digo que nos metamos en la cama me saldrás con lo de tu novio, la fidelidad... y eso también es arcaico, ¿no? —me adelanté a su respuesta, exclamando—: ¡Ah, ya que de él hablo, lo vi ayer esperándote abajo! ¿De dónde has sacado esa caricatura?

—Habla de matrimonio con insistencia —apuntó ella, picaresca.

—Lo que yo digo, retrogrado. Está más acabado que Dean Martin que canta con *play-back* y no se le oye. ¡Matrimonio! ¡Menuda chorrada!

—Pues igual me caso con él.

Para hacerse caca, ¡palabra!

Una hembra como Peggy atada a semejante cornucopia.

La miré inquisitivamente.

Buena... inmejorable, sí señor. Por los cuatro puntos cardinales de su exuberante anatomía.

Pelirroja de las que no corren muchas.

Y con unas piernas de fábula que antes de meterse a secretaria le habían hecho ganar buenos dólares anunciando medias, pantys y todo eso que se ponen las mujeres en las extremidades inferiores.

Por abajo, todo explicado.

La blusa era punto y aparte. Los dos botones de arriba desabrochados. Peggy siempre tenía mucho calor... y yo me contagiaba. De blusa para adentro, ¡qué voy a contarles! To-do lo que una chica debe tener en ese lugar y muy tiesecito, para que a uno se le nuble la mente y le vengan ideas raras... pero succulentas de llevar a la práctica. Y ella se inclinaba con languidez para pulsar las teclas de la máquina eléctrica. Una inclinación de cuarenta y tantos grados que te llevan en un santiamén a aquel paraíso que según los eruditos estuvo un día entre el Tigris y el Eufrates.

No, si en el fondo, lo de Eva, la manzana, y la ruina de Adán estaba más que justificada y seguía siendo válido en 1981.

Los ojos tenían una tonalidad de negros distintos que le daban un aire misterioso a la mirada. ¡Aguanta! Pelirroja y los ojos negros. Y la nariz respingona ponía la nota picaresca, junto al moteado de su piel, en

aqué! rostro gracioso, cóctel de belleza y armonía.

Cuando me harté, con los ojos, ¡claro!, y qué remedio me quedaba, dije:

—Pues que te aproveche. En lugar de flores de azahar y arroz, te enviaré crisantemos y siemprevivas.

—¡Ja, ja! —se coñeó.

Yo me fui al mueble-bar para entretenerme con una botella de «Spey Royal». Tragué directamente del gollete, poco elegante sí, pero muy útil para ahogar las penas.

—¿Le sigues «untando» bien a Kallberg, eh?

—¿A qué viene eso ahora, mona? —y dejé la botella en el anaquel de cristal correspondiente.

—Hombre, aún le sigue dando al asunto Cassidy. En el *New York Times* de hoy le dedica media plana al más eficiente detective de todos los tiempos. Holmes, Poirot, Perry Mason y compañía eran unos aprendices a tu lado.

—Porque a mí no me pintó Connan Doyle, la Christie o Stanley Gardner. Esa es la diferencia. Alan sabe lo que se dice y mucho mejor lo que escribe.

—Pues es una lástima que Harvey Kramer no comparta su opinión.

—¿Pretendes revolverme las tripas de buena mañana? —pregunté—, Kramer es un puerco con pantalón, corbata y tirantes. Lo que él piense me la...

—¡Chiiiiist! —se llevó un dedito a sus rojizos y provocadores labios—. No empieces la mañana diciendo cochinadas.

—No me incites.

—¿De veras... te incito?

La nena estaba «marchosa» aquella soleada mañana de mayo. Con ganas de tocarme...

el amor propio.

—Te estás buscando lo que no tienes, Peggy.

—Nones —negó, moviendo de izquierda a derecha su cabecita de pelirrojos destellos—. Si no hay vicaría no hay nada de nada.

—Es una posibilidad. Me voy a meditarla a mi despacho.

—O.K., señor licenciado. Pero no te entretengas, porque la caricatura, como tú le llamas, tiene prisa.

—Insisto en que es un retrasado mental.

Y me colé en mi agujero dando por terminada la coña matutina.

En uno de los cajones tenía mi botella particular. Johnnie Walker etiqueta negra.

Trago que te crió.

Tenía que empezar a planificar las vacaciones de aquel año.

Miami... Palm Beach. A ver si conseguía llevarme a Peggy para convencerla entre los cálidos influjos de la brisa de Florida y el romántico entorno de un *bungalow* debidamente acondicionado de que debía perder prejuicios, convencionalismos... y algún otro detalle de menor importancia.

¡Pero sí ahora lo perdían a los quince años!

Sí Peggy decía que no, habría que ir pensando en algo que cubriera su ausencia.

Aunque en Miami Beach el género bello de la naturaleza brotaba como los hongos después de un diluvio. Nenas monas con una sola pieza en playas lujosas donde se convenían los detalles para desprenderla de la susodicha pieza...

¡No, puñeta! A mí, me había entrado por las retinas la pelirroja de marras.

Los hombres somos tercos en esos asuntos. Te da por una y si no consigues lo que pretendes las pasas canutas. ¡De vicaría, ni hablar! Eso que se lo guisara la cornucopia de tío que la esperaba todas las tardes con machacona y pertinaz insistencia.

Aquel tío no se comía un rosco con Peggy. Estaba seguro que ella lo hacía por darme en los morros.

Otro trago.

Miami, sí señor. Aquel verano, ¡a Palm Beach! Con pelirroja o sin pelirroja.

La vieja podía quedarse sola con sus chocherías porque la *operación quirúrgica en Suiza* había sido todo un éxito. ¡Ja, ja! No iba a reírme tanto si algún día el bueno de Max se enteraba de la jugadita.

Bruscamente la luz del interfono brilló, en rojo, precediéndola Peggy con su voz cantarina:

—Una señora desea hablarle, señor Brown —anunció.

Cuando había billetes en el horizonte —en forma de cliente, está claro —, la pelirroja se olvidaba del tuteo, las familiaridades y el cachondeo, comportándose como toda una

«secre» respetuosa y eficientísima.

—Hágala pasar —dije.

Y efectué un ligero retoqué en el nudo de la corbata, tiré hacia abajo de los faldones de la chaqueta, salí de detrás de la mesa muy presentable yo y muy dispuesto a recibir a la señora en cuestión.

Se abrió la puerta. Peggy se hizo a un lado para dejarle paso a la otra.

Lo de señora estaba por comprobar. Pero que era verdaderamente de antología lo estaba comprobando ya.

Allí, erguida majestuosamente junto al umbral, mostrando su cuerpo frágil pero bien contoneado en el interior de un sola pieza, ceñido a la breve cintura, de color frambuesa.

Para comérsela, ¡vamos!

—¿El señor Derek Brown? —preguntó, en un tono más ondulante y sinuoso que el trazado de su propia orografía.

—Sí. Encantado, señorita... —dejé el nombre al aire para que lo pusiese ella, tendiéndole la diestra—. ¿Tiene la bondad de tomar asiento?

Lo hizo.

—Lorelei Wates. Bueno, ése es mi apellido de soltera. Soy la señora de Houston.

—Muy afortunado el señor Houston —me permití comentar, porque siempre he sido muy consciente de que a las señoras les gusta que las halaguen. Y a Lorelei había motivos para estar halagándola hasta el día del juicio. Pregunté—: ¿En qué puedo ayudarla, Lorelei? ¿No la importará que la llame así?

Cruzó las piernas. ¡Ahí era nada! Será mejor que me calle porque estoy mucho más bonito callado.

—En absoluto, Derek —respondió.

Ibamos por el buen camino. Yo siempre he mantenido la teoría de que el tuteo y la confianza moderada no van en detrimento de las buenas formas. Claro que, con las formas que tenía Lorelei...

—Tengo problemas en mi matrimonio —soltó de repente.

Lógico. El marido debía estar forrado de pasta, máximo atractivo que a ella le había seducido para dar el dichoso paso por la vicaria, y ahora... cuestión de cuernos, seguro. El señor Houston iba más adornado que un ciervo.

—Bien. Adelante.-

—No parece sorprenderse.

—¿Por qué había de hacerlo? —arqueé las cejas—. Nunca me sorprenden los problemas de mis clientes. Vienen aquí precisamente para contármelos y para que yo vea de solucionarlos. ¿Quiere ser más explícita?

Parpadeó, y con voz en la que ahora vibraba una tenue nota de nerviosismo, empezó con lentitud:

—La cosa se remonta al verano pasado. Estuvimos en San Diego, California, donde mi marido posee una espléndida finca de recreo junto a la bahía.

Se interrumpió durante unos instantes. California, vaya: eso me traía recuerdos de los viejos tiempos y en especial de mi amigo el mafioso, el que me había proyectado a la cima del éxtasis, el que si algún día me echaba la zarpa encima...

—A los pocos días de nuestra estancia allí —prosiguió Lorelei, haciendo que me olvidara de Max Huseland—, David me dijo que debía regresar de inmediato a Nueva York porque urgentes asuntos

financieros reclamaban su presencia allí —hizo una breve pausa para aclararme—: Mi esposo es copropietario y presidente de la Warner-Houston Insurance Company.

Busqué con los míos las preciosas esmeraldas que ella tenía por ojazos.

Lo que yo había pensado. Dólares a chorro, por un tubo. Y ella encaramelada con un *gígolo* de tres al cuarto que debía levantarle la pasta. El zorro de Houston había fingido lo de la súbita marcha para pillarla con las manos en la masa... ¡encamada con el otro, que se dice!

—Y usted —dije, porque ahora había llegado el momento de envolverla con mis artes deductivas— prosiguió su veraneo. Un *flirt*... —era una forma suave de decir lo de los cuernos del señor Houston—, ¿verdad?

Alzó las cejas asombrada. Y me dedicó un abaniqueo con sus pestañas rizadas que me hizo estremecer. ¡Cómo se lo tenía que pasar el querido, madre mía!

—¿Cómo sabe...?

Le ofrecí mi más vanidosa sonrisa.

—¡Bah!, no tiene la menor importancia. Simple intuición profesional.

Guardó un pequeño silencio porque era la hora de las confesiones en voz queda. Lo de siempre, lo tradicional.

—¿Usted es abogado además de detective, verdad?

—Verdad, Lorelei. ¿Por...?

—Es interesante que esté al corriente del aspecto jurídico de la cuestión. Por eso he venido... ¿Puedo contar con su ayuda?

Pregunta lógica. Antes de hacer confidencias había que asegurarse de que un servidor

«tragaba». Si no, ¿para qué explicarme sus devaneos entre sábanas?

—Me imagino que sí —no quise lanzar las campanas al vuelo—. Depende del asunto y de que convengamos en mis honorarios.

La vi más tranquila. Abrió el pedazo de cocodrilo con que habían fabricado el bolso que su Houston del alma le comprase y con

evidente desprecio hacia el dinero, arrojó sobre mi mesa un fajo de billetes.

—¿Bastan diez mil... para empezar?

¡Leche! Aquella muñeca no se andaba por las ramas. ¡Diez de los enormes! ¿Y me

preguntaba si eran suficientes para empezar? ¡Toma... y hasta para terminar!

En otro tiempo hubiese desorbitado los ojos poniéndolos como melones. Pero muchas nubes habían llorado sobre la tierra desde el día en que yo andaba con el título debajo del brazo, por San Francisco, a la caza y captura de un Max Huseland cualquiera. Renovarse o morir. Con los años variaban las actitudes.

Ahora, pues, yo muy tranquilo.

Como si no viera la «tela».

—Hasta el momento —dije, con la mayor de las naturalidades—, todo correcto —y añadí, sin emoción alguna—: Pero debo saber la magnitud exacta del problema y lo que usted espera de mí.

Ahora iba a recibir la primera sorpresa. En la frente, porque la primera suele ser en la frente.

—Negocios urgentes. Esa fue la excusa que arguyó mi marido para largarse de San Diego y correr a los brazos de su amiguita. Sí, un *flirt*, como usted lo ha llamado... aunque yo lo calificaría en otros términos más... —se interrumpió. Y después—: La pajarraca lo esperaba en Miami.

¡Hombre! Mira por donde el señor Houston y yo teníamos las mismas preferencias veraniegas. Pero él se pasaba y de largo. Porque teniendo acceso legítimo o ilegítimo,

¡qué más daba!, a una hembra como Lorelei, salir de caza por ahí era del género bobo.

Claro que los hay para todos los gustos.

A lo mejor la otra no valía ni para descalzar a la que yo ahora tenía delante.

—¡Inconcebible! —exclamé. Porque eso quedaba muy bien y era

resaltar los méritos físicos de mi cliente—. ¿Sabía usted algo del... asunto?

Negó con la testa.

—Ni idea. Hace cuatro meses aproximadamente —prosiguió, tirando para abajo del vestido, porque mis ojos, sin querer o queriendo mucho se iban de exploración

«muslar»— recibí un sobre conteniendo treinta y seis fotografías. Toda una enciclopedia ilustrada en color de lo que mi maridito había sido capaz de llevar a término en una sola noche. Junto al repóquer gráfico de obscenidades y aberraciones sexuales, se adjuntaba una nota invitándome a comprar el negativo.

¡Aguanta con David! Salía el fulano a treinta y seis virguerías por noche... eso que se supiera o que se hubiese plasmado en cartulina brillante. ¡Y yo que lo imaginaba todo un sesentón acabado!

Alargué la diestra para recoger la cuartilla que me tendía la preciosa Lorelei.

El chivato no era un prodigio de inteligencia precisamente. Se servía de los métodos tradicionales. Letras recortadas de una revista, ¡pornográfica a buen seguro!, para no desentonar, y sujetas encima del papel con cinta adhesiva transparente.

Decía esto:

«EL NEGATIVO ESTA A SU DISPOSICION. VALE TREINTA MIL DOLARES. REMITALOS

A LISTA DE TELEGRAFOS. JOSEPH MORAGNE. TULSA-OKLAHOMA.»

—¿Lo compró?

—Sin pensármelo ni un segundo. Quince días después de enviar los treinta billetes me llegó el negativo.

Esta vez sí que iba a dejarla de una pieza.

—¡Y ahora le han robado fotos y clichés, ¿es eso?

¡Bingo!

Lo leí en su expresión que iba por encima de la sorpresa. Estaba asombrada y alababa de frente para adentro mi sagacidad. Uno a cero

a favor mío.

Saqué mi cajetilla de Marlboro y le ofrecí un pito. Yo coloqué otro entre los labios.

Lumbre para la señora, fuego para un servidor, bocanadas de humo al ámbito y Lorelei que me decía:

—Me di cuenta de que habían desaparecido hace tres días. Desde ese instante he sometido a David a una implacable vigilancia, porque sólo él, únicamente él, puede tener interés, y mucho, en esas fotos.

—¿Ha progresado en sus pesquisas?

—A medias. Pero ayer sucedió algo trascendental.

—¿Y es...?

—Sorprendí a través de uno de los supletorios la conversación que David estaba sosteniendo con un anónimo comunicante. Alguien que le ofrecía esas fotos y el negativo a cambio de sesenta mil dólares.

—¡Vaya! La ley de la oferta y la demanda. Y doblando la oferta, claro. Ese Moragne es un tipo listo para los negocios.

—No creo que Moragne haya venido desde Tulsa para meterse en nuestra casa, robar las fotografías y los clichés y luego intentar vendérselos a mi marido. Complicado y muy arriesgado.

Pues tampoco estaban mal las dotes deductivas de Lorelei. ¿Para qué iba a jugársela el tal Moragne si ya tenía treinta billetes en el saco?

—¿Dijo su nombre...?

—¿Lo imagina tan estúpido?

—Por supuesto que no. Pero podía haber dado uno de falso, ¿no le parece?

—Cabía es lo posible. Pero no pronunció ninguno. Habló solamente del dinero y de las fotos, concertando una entrevista con David para esta noche en un lugar determinado de los muelles. Concretamente en el tinglado número veintisiete de la Olstadm-U.S.A Petroleum Exporting que, según le dijo a mi marido el comunicante, fue parcialmente destruido por un incendio hace tiempo y lo dejaron inutilizado. Por lo visto sólo almacenan allí bidones vacíos, latas viejas de lubricantes, etcétera. Según ese tipo, se ubica en los muelles del

East River, en la zona denominada Greenpoint Piers, debajo de West Street, entre las calles Dupont y Green que delimitan el muelle ciento siete. David debe acudir a ese lugar a la una de la madrugada con el dinero, en billetes pequeños y usados, en una bolsa roja anudada con cinta amarilla.

—Bien —intervine ante su silencio—, hasta aquí todo en orden. Pero me parece haber entendido que usted me aseguraba encontrarse ante un problema matrimonial y yo, de acuerdo con lo que acaba de exponerme, interpreto que es su marido quien está en apuros.

Hubo en cuestión de segundos un silencio espeso que nos envolvió a ambos. Y un mudo mensaje en los refulgentes ojazos de aquella hembra espléndida que, de momento, no supe interpretar.

—No es por ahí, detective. Veo que no ha sabido captar el asunto en su auténtica dimensión, en profundidad diríamos.

Hice un gesto dubitativo. Así como de superioridad venida a menos.

—¿De veras?

Y me contestó con voz apagada:

—David piensa pedir el divorcio, y eso... significa mi ruina.

¡Toma! Esta sí que era noticia. Lorelei acababa de marcar el tanto del empate: uno a uno. Ni se me había ocurrido que los tiros pudiesen ir por aquel lado. ¡Pero... no me di-gan! Aquel menda era un gilipuetas. ¿A quién se le ocurre pensar divorciarse de un monumento como aquel? Si cuando Lorelei entrase en la cama..., ¡ves a saber con qué menudencias entraría!, debían de temblar las paredes.

Por eso mi abuela no quería «diñarla» nunca: cada día aprendía una de nueva.

—¡Vaya! —exclamé al fin—. Así que se trata de eso, ¿eh?

—De eso —repitió. Ampliando: A mí, particularmente, me importa un rábano que se acueste con quien le dé la gana. Pero con las fotos lo tenía atrapado. Era el as que yo me guardaba en la manga para cuando tuviese valor de hablarme claramente del asunto. A David no le conviene un escándalo de esas proporciones... y a mí me interesa el dinero de él. Con los retratos en mi poder, todos contentos.

—Houston no mucho, digo yo.

—Pero estaba en mis manos.

—Garras, Lorelei, garras. Porque eso, a mi modo de ver, es por su parte un chantaje como la copa de un pino.

—De acuerdo —admitió—. Pero válido para conservar mi gallina de los huevos de oro,

¿no le parece, Derek?

¡Ahí quedaba aquello! La nena se había sacado las horquillas de las greñas. El Houston de marras la tenía sin cuidado, estaba más claro que el agua; pero la pasta del tío sí que le importaba y mucho.

Porquería pura, sí señor. Allá donde tenías oportunidad de meter los hocicos siempre terminabas oliendo a lo mismo: caca.

Permanecí unos instantes en silencio y muy reflexivo. No sé exactamente por qué regla de tres el asunto no acababa de convencerme. Había en él algo raro, extraño, que no alcanzaba a comprender en aquel momento. Una nota discordante que parecía huir de la partitura que para un servidor acababa de interpretar Lorelei Houston, de soltera Wates.

Volví a leer el mensaje cuando me tropecé con sus enormes pupilas esmeralda. Ahora lo interpretaba: era como decirme que dinero a un lado, era factible que también cobrara en *especies*.

Eso, amigos, convencía al más renuente de los muertos.

Mi pregunta fue de lo más absurdo que imaginarse puedan. Esta:

—¿Y qué quiere que haga yo?

—Su intuición personal debería indicárselo —fue su respuesta, con un puntazo de ironía—. Recuperar las fotos y clichés. Veinte más si lo consigue.

Junto con los diez que aún estaban sobre la mesa hacían un total de treinta mil. Y si a eso añadíamos el posible «ligue» que insinuaba aquella maquinita de dar placer...

—¿Y si no lo consigo?

Mi interrogante parecía causarle asombro.

—Alguien me ha dicho que ha hecho madurar de más verdes, ¿no? —

y lo dijo enfocándose de lleno con sus seductoras pupilas. Me estimuló con las siguientes palabras—: Estaba segura de que eso para usted iba a resultar juego de niños.

—Corren por el mundo niños con muy mala uva, Lorelei. Ignoro como las gasta Houston...

—Es más infeliz que un sonajero.

—A juzgar por las fotos que usted desea que recupere, no tan infeliz. ¿Y qué me cuenta del tipo que quiere vendérselas? Habrá tomado sus precauciones, ¿no cree?

Ahora, me envolvió con una mirada despectiva.

—Está bien —hizo ademán de ponerse en pie y recoger los diez billetes.

—¡Tranquila, hermana, tranquila! —la calmé—. Aún no he dicho nada concreto.

—Pues dígalo —me apremió.

—Afirmativo.

—No esperaba menos de ti, Derek —me tuteó. Añadiendo—: Mañana por la mañana espero tu llamada —del bolso extrajo una cartulina, lo que se llama tarjeta de visita, que unió a los diez mil, prosiguiendo—: Después de tu éxito... hablaremos de otras cosas, ¿te parece?

—Pero que muy bien.

Ahora sí que se puso en pie.

—¡Espera! Te extenderé un recibo por...

—No es necesario, Derek. Confío plenamente en ti. Tiempo tendremos de ampliar nuestra mutua confianza, ¿cierto?

La insinuación, ahora mucho más clara, quedó flotando en el ambiente.

¡Me iba a poner las botas, palabra!

La acompañé hasta la puerta. De repente, se alzó sobre la puntera de los zapatitos, para rozar con los suyos, muy rojos y carnosos, húmedos y gordejuelos, mis labios.

Algo frío primero y cálido después se deslizó vertiginosamente por mi espinazo.

—Suerte, detective.

Y me quedé mirándola en plan lobo. Observé su preciosa silueta, sus contornos, sus curvas estridentes y sus relieves excitantes, perdiéndose rumbo al elevador.

Viéndola así, observando el obsesivo y rotundo cabalgar de sus nalgas envueltas en aquel retazo de tonalidad frambuesa, creí que flotaba en el aire.

Con todo lo que quisieran contarme de la ley de la gravedad.

¿Dónde había leído yo que los cuerpos se atraían en razón directa de las masas e inversa al cuadrante de las distancias? ¡Tonterías! Ahora lo tenía claro: las masas bien formadas como Lorelei, te atraían desde cualquier distancia.

—¡Eh, licenciado! Me estoy helando.

Esta sí que era de película: la pelirroja del escote de oro ahora tenía frío. Ni caso. Seguía observando una minúscula porción de Lorelei y eso valía la pena.

Pero a Peggy le dio un ataque de cuernos.

—¿Te vas a pasar la mañana ahí o qué?

Había sonado mi hora. Iba a ponerme en plan más duro que nunca. «Es tu turno de sufrir, señorita Peggy», pensé para mis interiores.

—¿Decías? —ladeé la cabeza.

—¡Que no hay para tanto, sátiro!

—Cuestión de opiniones, prenda —comenté displicente. Y a renglón seguido—: Desempolva el cartelito de: «No hay billetes», y cuélgalo en la puerta.

—¡Derek! ¿Se puede saber qué diablos te pasa?

—Nada, preciosa, nada. Tengo un asunto delicado entre manos y debo concentrarme, como los futbolistas, antes de la hora inicial del partido. Concentración síquica, ¿comprendes?

—Si te vieras con mis ojos...

—Procuro no mirarme ni con los míos. ¿Sabes una cosa, nena?

—Ilústrame, licenciado.

—Decididamente te conviene la caricatura —esboqué una sonrisa cínica—. Cuando vuelva a insinuarte lo del matrimonio, acepta... con mis mejores deseos y todas mis bendiciones.

Le estaba tocando... la moral.

Tiró furiosamente del extremo de la falda para que no pudiese contemplar la generosa ración de muslo que exhibía y que según ella estaba pensando en aquel instante no era digno de captar. El rostro lo tenía rojito como los pétalos de una amapola, evidencia de que el cabreo era en do mayor, sostenido y aguantado.

—Derek... —masticó cada letra de mi nombre de pila, sin hacer excesivos esfuerzos por dominar su ira—, nunca, jamás de los jamases, intentes ponerme un dedo encima.

—Recibido, cambio.

Alzó, desafiante, rabiosa, su carita roja y respingona, en la que ahora las pecas parecían brillar como esquivirlas sangrientas.

—¡Vete a...!

—O.K., linda —la corté. Y para más inri—: Pero yo sé que no sientes lo que dices. Tú, en el fondo, muy dentro de ese alocado corazoncito por delante del cual se agitan esas dos maravillosas... en el fondo, decía, estás esperando que Derek, yo, te bese en los morritos,

¿verdad?

Quiso levantar la Underwood eléctrica con la intención de colocármela de sombrero.

La máquina pesaba demasiado. Y Peggy quería que yo la besase.

Un suave morreo y a otra cosa mariposa.

La dejé sin aliento. Uno es así, ¿qué se le va a hacer?

—Rectifico, muñeca. No te emparejes con la caricatura.

—¡Idiota!

Me colé en mi despacho para pegarme un curioso lingotazo de whisky.

CAPITULO III

Treinta de los grandes era mucha «tela».

El secretario general del sindicato de imbéciles no recuperables en el más idiota de sus absurdos razonamientos, habría comprendido al punto que treinta mil dólares por el simple hecho de recuperar las fotos de David y su amiguita en cueros, haciendo numeritos de prestidigitación lujuriosa, seguía siendo mucha «tela».

Eso mismo me decía yo a las 0.40 horas de la madrugada, después de estacionar mi Ford-Mustang en los mal iluminados aledaños del lugar donde iba a filmarse la primera secuencia de aquella película.

Salté a tierra y no quise pensar en nada.

Me resultó fácil dar con el muelle 107 y nada difícil con el catenárico que resultase pasto parcial de las llamas, que ostentaba el número 27 y que pretenecía a la Olstadm-U.S.A. Petroleum Exporting.

Por allí debía rondar algún vigilante, pero no vi ni rastro de él. Estaría «sobando» por cualquier rincón con una botella al alcance de la mano.

Colarme en el tinglado sí resultó, como insinuara Lorelei en el transcurso de nuestra conversación, juego de niños.

Llevaba una linterna de petaca, pero no me pareció prudente andar haciendo alardes luminotécnicos.

Era cuestión de orientarse por el instinto.

A juzgar por el eco de las pisadas y procuraba no efectuar el menor ruido, aquello estaba medio vacío.

Apestando a aceite que era un gusto.

¡Por un pelo no me estampé las narices contra un bidón! Lo hubiesen podido meter donde yo les diría. Un sitio feo, desde luego.

Silencio de esos que en las novelas se describen de sepulcro o que los más morbosos literatos dicen que se pueden cortar, por lo denso, con una hoja de afeitar.

¡Tonterías!

El cuello sí que me lo podían cortar si me daba de veras contra un

bidón y ponía sobre aviso al que se dedicaba a la venta de postales pornográficas.

Porque el tipo debería de estar allí adentro, ¿no?

Ustedes qué saben, ¿verdad? Pues más o menos así andaba un servidor: a ciegas. Bueno, no del todo, porque los ojos ya se me empezaban a familiarizar con la oscuridad.

De súbito, y aún me pregunto el porqué, tuve la inquietante sensación de que alguien seguía muy atentamente cada uno de mis movimientos.

¿El vendedor... o el comprador?

¡Leche! La sensación se hacía cada vez más agobiante.

¿Quién?

Me imaginé dos ojillos de ratón, fluorescentes, malignos, rojizos, escrutándome desde el otro extremo del tinglado, allí donde las tinieblas eran espesas e impenetrables. Dos ojillos sardónicos. Despidiendo un brillo tan invisible como intenso.

Brillo maligno... ¡Brillo de muerte!

Palabra que zozobré como la hoja de un árbol batido por el viento.

Miren si mi imaginación se puso pesada que saqué el 38, cerrando el índice derecho alrededor del gatillo.

No me iba a andar con pamplinas, no.

Si se cruzaba una mosca en mi trayecto la iba a dejar sin alas en pleno vuelo.

Acababa de parapetarme detrás de lo que tenía trazas de ser un fardo.

Ya debería ser la una, ¿no?

Sonó un chasquido.

Con los nervios a flor de piel tensé los músculos y me puse en guardia. Se acentuó la presión de mi dedo en torno al gatillo, instintivamente.

Otro crujido.

¡Y un tercero!

Asomé la cabeza por encima del fardo a ver si me enteraba de algo, a ver si captaba al de los ruiditos macabros.

No era suficiente. Tuve que levantar más la azotea.

Lo mismo que si estuviesen esperando que lo hiciera.

A partir de aquel instante los hechos se sucedieron con velocidad relampagueante.

Primero: brilló el fogonazo.

Segundo: retumbó el disparo estrellando su eco de muerte contra las paredes metálicas del catenárico.

Tercero: una ráfaga de airecillo cálido barrió mi mente a pocos centímetros de la sien.

¡Hijo de su madre!

Vi la silueta que al unísono brotaba del lugar donde brillara el fogonazo.

«Te la has cargado», pensé. Porque lo tenía en línea recta con el cañón de mi revólver.

Y le mandé tres pedazos de plomo en menos de lo que cuesta explicarlo.

Línea y bingo. Todo a un tiempo. Porque el fulano dio saltos, se retorció en el aire, hizo un sinfín de quiebros bruscos y raros... en la oscuridad, parecía un saco danzarín.

Pero pronto se quedó muy quieto.

De bruces sobre el piso maloliente.

Corrí zigzagueando hasta llegar junto a él.

Sujetándole por los hombros lo volví boca arriba.

Saqué la linterna y envié luz contra su cara. Crispados los músculos faciales. Apagadas y vidriosas las pupilas que me miraban muy fijas y muy abiertas, como llamándome y en mayúsculas: ASESINO.

—¿Por qué has disparado entonces, pedazo de cabrito? —le pregunté, estúpido yo, como si pudiera oírme.

Había, también, terror y sorpresa en su expresión.

¿Quién diablos sería aquel fulano?

Y eso, ¿importaba mucho? Lo había dejado «tieso» del todo. Me lo acababa de «cargar»

yo. El de los treinta billetes y el «ligue» a la vista con la insinuante Lorelei.

¡Menos filosofía, Derek!

Busqué el arma. Nada, ni rastro. No la sostenía entre los dedos de la mano como hubiese sido lógico, ni estaba por las cercanías, en el suelo, suponiendo que mis tres balazos se la

hubiesen hecho soltar.

Lo registré, como aconsejaban las circunstancias.

Comprobando con asombro e incredulidad que aquel «fiambre» no llevaba encima ni un mal cortauñas.

Eso me puso alerta.

¿Quién había disparado entonces?

Traté de buscar con la mirada lo que sabía a todas luces no iba a encontrar.

Una cochina trampa, sí.

Y el otro, el gatillero, no iba a ser tan imbécil como para seguir allí hasta que un servidor lo encontrase y le preguntara: ¿Oye, buena pieza, por qué has disparado?

La cosa estaba clara; si algún imbécil estaba dentro de aquel tinglado y metido en un buen tinglado, ese era yo.

Con lo claro que lo tenía, ¿eh? Treinta del ala y luego a encamarme con la niña.

¿Se podía ser tan idiota a mi edad? La licenciatura de derecho y la de investigador privado me iban a servir de papel higiénico.

Cuando le echara mano a Lorelei, y no de la manera que debía de echársele a una hembra como aquélla, se iba a acordar de su madre

por haberle jugado la mala pasada de traerla al mundo.

¡Puerca!

Pero me las tenía que pagar o dejaba de llamarme Derek Brown.

La segunda en la boca para que no pronunciase, ni con la mente, más groserías.

Noté frío en el cogote.

Por la sencilla razón de que acababan de incrustarme el extremo abierto, aquel por donde salían los proyectiles, del cañón de una pistola.

¡Vamos!, todas en el mismo carrillo.

—¡Las zarpas al techo, hermano! —me ordenó una voz que parecía complacerse con todo aquello.

Si compraba alguna vez un circo, los enanos se me convertirían en King-Kong.

Obedecí, porque la cosa no estaba como para andarse con tonterías. El menda que

.tenía a la espalda apretaba el arma contra mi pescuezo con verdadera satisfacción.

—Muy despacito —me dijo el que tenía la sartén por el mango—, dese la vuelta. Es hora de que nos conozcamos, ¿no le parece?

Encima, regodeos. Era para excretarse en su... eso.

Me di la vuelta conforme a las instrucciones recibidas con la guasa incluida y la tranquilidad que otorga tener el pistolón a punto.

Mi captor soltó, al reconocerme, una jocosa exclamación:

—¡Toma, esto sí que es noticia! ¡El inefable Derek Brown! Idoló de multitudes, ínclito detective de la *city*, abogado por más señas... Así que ahora, señor letrado, se dedica al asesinato por su cuenta, ¿eh?

También yo lo había reconocido.

Era una de las aves de rapiña del departamento del capitán Kramer. Pero aquel tarugo sólo había llegado a sargento. Si la memoria no me

era infiel, se llamaba Morgan North.

—Te equivocas, polizonte. No es por mi cuenta. Este trabajo me lo ha encargado tu madre.

—¡Brown...! ¡Cierre el pico o no respondo de mí!

Eso pretendía yo. Sacarle de sus casillas.

Tenía poco seso y me iba a resultar fácil.

—Perdona, hombre. A lo mejor me he confundido de alcahueta. Como todas se parecen tanto...

Hizo amago de estrellarme el cañón en la mejilla y dejarme una buena cicatriz, pero se contuvo a tiempo. No era tal lerdo. Una señal visible, toda mi letra menuda en funcionamiento, un poco de salsa al asunto y el juez a mi lado. Libertad condicional bajo fianza y yo a moverme a mis anchas con tiempo para solucionar el asunto.

North lo sabía y no picó.

—Buscas que te marque la «jeta», ¿verdad, pesquisa?

—Tú me vas a marcar a mí lo que yo te diré.

—Voy a encargar silla de pista para el día de tu ejecución, fantasma — me dijo con rabia y satisfecho a un tiempo.

—No eres más que un payaso, Morgan. Pruebas circunstanciales, ¿te enteras? Yo no he matado a ese tipo y los de balística se encargarán de demostrarlo. Procura ser inteligente una vez en tu vida.

Aquello no era cierto porque los tres plomos habían salido de mi «38». Pero necesitaba ganar tiempo.

El muy... eso, pareció leerme el pensamiento.

—Como si quieres cantar salmos, abogado. Tú te vienes conmigo a ver al capitán Kramer, que se alegrará un kilo por tu visita. Y te aconsejo que no trates de jugármela, porque me importa un pepino llevarte en ambulancia, ¿vale?

—Vale, sentimental. ¿Salgo delante?

—¿Tengo cara de idiota, Brown?

—Más bien sí.

—¡Dese la vuelta! —tan pronto me tuteaba como me trataba de usted. La cosa iba en función al *in crescendo* de su cabreo—. ¡Voy a esposarle!

Lógico.

Y por ahí precisamente se la estaba buscando.

—¡Empieza!

Empecé.

Medio giro a la derecha y un inesperado brinco hacia atrás con las piernas por delante, hacia arriba, coceando la cara que él me había preguntado si la tenía de idiota.

Recalcitrante.

Se fue contra una pila de latas y se las llevó a tierra en su caída.

Me revolví como una exhalación convirtiendo mi anatomía en un dirigible humano.

¡Suerte de eso!

Porque el sargento giró en tierra con velocidad de vértigo atrapando la pistola que acababa de perder en su caída. Tiró del gatillo sin apenas apuntarme.

Sobre la marcha y en mitad del plongeón que me hubiese enviado el mismísimo guardavallas del Cosmos, efectué un escorzo porque, aún sin haber apuntado, los proyectiles venían a por mí rabiosamente,

¡Y le dio de nuevo al gatillo!

Pero yo estaba descendiendo sobre él, y el ángulo de caída me apartó de la trayectoria de las balas. Rodamos por el suelo enzarzados en un intercambio contundente de golpes.

Logré que de nuevo se le escapase el arma que tintineó metálicamente sobre el piso del tinglado.

Me clavó la rodilla en el estómago con toda la mala leche de que era capaz y que no era poca, haciéndome encoger dolorosamente al tiempo que profería un juramento.

Aprovechó para irse arriba tratando de soltarme un punterazo en plena boca.

Pude cazarle el tobillo haciéndolo regresar contra el cemento. Se dio un trastazo más que regular en la espalda y dijo algo muy feo de mi madre. ¡Lo que le faltaba a la pobre después de la operación en Suiza!

Era del todo consciente de que cada segundo perdido podía significar mi ruina. Porque en contra de lo que le había dicho a aquel hijo de perra, los de balística dirían amén a lo de las balas de mi «38» metidas en el cuerpo del «fiambre».

Tenía que deshacerme de North a toda pastilla. El eco de los disparos se habría escuchado en la vecindad y algún honrado ciudadano, que los hay, ya habría dado el telefonazo a la bofia.

Le di y me di unos segundos de tregua dejándole alzarse.

Un amago y una finta.

Le clavé el puño derecho en el hígado y cuando se encogía farfullando marranadas y groserías fue mi rodilla lo que se incrustó en su cara de idiota catapultándolo contra un bidón.

El estrépito fue más que regular.

Pero aún reaccionó.

¿De qué pasta estaba hecho aquel tío?

Ni una concesión.

Hurté mi cuerpo a su ciega embestida para clavarle un puntapié brutal allá donde los hombres llevamos los atributos de nuestra masculina dignidad. Se los puse por corbata,

¡de veras! Y sin perdonar, sobre la marcha, acompañando su nueva caída, un uno-dos demoledor machacándole el rostro con fiereza.

Lo puse chorreando sangre.

Y se quedó retorciéndose en tierra para terminar inmovilizándose.

Me largué del tinglado, ¡vaya tinglado!, del número 27 de la Olstadm-U.S.A. Petroleum Exporting, muelle 107, a toda pastilla.

Jadeante, porque entre la refriega con North y la carrerita que

acababa de pegarme hasta el auto, el aire no me llegaba ya a los pulmones.

Un suspiro de alivio se escapó de mis resecos labios al tomar asiento, precipitadamente, frente al volante.

En la lejanía se rompió el silencio de la noche rasgado por el veloz ulular de la sirena de un radio-patrulla dé la policía.

¿No lo había dicho yo? El clásico ciudadano honrado y colaborador. Y a lo peor, no se preocupaba de su mujer que a aquellas horas todavía no estaba en casa.

Los hay de... eso.

Di el encendido.

Era cuestión de poner kilómetros por en medio.

Por Green Street a Vernon Boulevard y de allí a buscar el Queensboro Bridge para introducirme en Manhattan sacando del Ford-Mustang todo lo que podía dar de sí que era bastante. Me tragué un par de rojos y me acompañó la suerte porque ningún otro suicida se interpuso en la centelleante velocidad que mi pie derecho imprimía al acelerador. Sobre dos ruedas tomé tres virajes consecutivos hasta enfilar como un obús Second Avenue, desembocar como una exhalación en Canal Street y por ésta pasar a Broadway.

Levanté el pie, más tranquilo ya, y también porque en aquel sector, la circulación todavía era densa, no hay que olvidar que aquello estaba atiborrado de teatros y teatruchos, clubs nocturnos, casas de tapadillo que a lo peor pasaban por restaurantes, snacks, pubs y la leche en verso, lo cual aconsejaba prudencia al volante porque no me faltaba más que cargarme un peatón borracho o una niña que se escapaba de algún sátiro que trataba de tocarle el trasero.

Lo de la democracia y las nalgas están íntimamente vinculados. Ya no quedan reservas espirituales femeninas en ningún lugar del mundo. Unas se lo dejan tocar pagando y otras por deporte. Y como anda suelto mucho cachondo mental, pues eso. Todos contentos. Y

en Broadway, de las dos para arriba, unas y otros se desmadran.

Muy despacito ahora volví a cruzar el East River por Manhattan Bridge hasta empalmar con Flatbush Avenue.

Giro a la izquierda, Clark Street, y fin de trayecto.

Salté a tierra echando una ojeada al horizonte.

Neoyorkinamente hablando estaba despejado, lejano como de costumbre y de un azul muy bonito.

En lo que a mí hacía respecto, lejano también pero muy turbio, negro ataúd más que azul.

Me fui hacia el edificio de cuatro plantas que se anunciaba con un luminoso enorme e intermitente.

HOSTAL MAR DEL PLATA.

CAPITULO IV

Detrás del mostrador de recepción el menda estaba encajado en la silla como si fuera un

«4», empotrada la barbilla contra el pecho y roncando como un cerdo.

Como So que era, ¡toma!

Pasando la diestra por encima de la madera le solté un sopapo en mitad del cogote que lo arrancó de cuajo de los brazos cariñosos de Morfeo.

—¡Eh...! —respingó—. ¿Qué pasa? ¿Quién es...?

—Llama al jefe, roncador.

—Está en la cama —se había alzado de la silla.

—¿A estas horas? —me burlé, mirando el reloj. Y después me puse muy serio, con cara de muy mala uva y repetí—: ¡Llámalo! Dile que Derek Brown está aquí.

—Pero, oiga...

—¡Que lo llames he dicho, puñeta!

Media vuelta para entendérselas con la centralita telefónica y para explicarle al jefe, cuando al cabo de unos minutos descolgó, que un servidor estaba allí.

El jefe era Carlos Roberto Fernández. Un criollo que había tenido que

largarse echando leches de su Argentina natal antes de que los chicos de Videla le aplicasen el artículo veintitantos, que es el que habla de mandar al otro barrio a los que no le caen simpáticos al que corta el bacalao.

Como pudo y trayéndose lo que pudo se plantó en Nueva York.

No sé lo que había hecho allá en las Pampas, pero yo lo tenía por un buen chaval.

Apareció en el vestíbulo con cara soñolienta y legañas pegadas en los párpados.

—¿Qué sucede, Derek?

Se lo expliqué de una forma breve pero concreta.

—Pues te han jorobado bien, pibe.

—Y que lo digas, Carlos. Tienes que echarme un cable.

—Eso está hecho —afirmó el argentino.

—Me llamo Irving Lorre y soy viajante de artículos de escritorio recién llegado de Chicago.

—Entiendo. Así te inscribiré en el registro. ¿Qué más?

—Ponte guapo que vas de visita. Nada menos que a ver una dama.

—¿A las dos y pico de la madrugada, Derek?

—Exacto. Al mil cuatrocientos setenta y seis de Sea View Avenue, en Staten Island. Allí vive Peggy, mi secretaria.

—¿Y qué le cuento?

—Que estaré unos días sin aparecer por la oficina y que si necesito de ella ya recibirá mis instrucciones. Que no le diga ni jota a la policía de la mujer que me ha visitado esta mañana y que no sabe nada de nada acerca del asunto que estoy investigando. ¡Ah!, y que no crea una sola sílaba de lo que pueda decirle el mal nacido de Kramer,

¿entendido? ¡Ah!, y como es lógico, que ignora mi paradero.

—Correcto —cabeceó el sudamericano—. Antes de largarme te enseño tu habitación, viejo. Ven, por acá...

El sol me dio en los párpados haciéndome pestañear.

Pegué un brinco.

¿Qué hora debería ser?

—Buenos días, licenciado.

—¡Eh! ¿Qué estás haciendo tú aquí? ¿Y si yo tuviese la costumbre de dormir en cueros?

—Habría recreado las pupilas. No soy todo lo «estrecha» que tú te imaginas.

—Le dije a Carlos que...

—Y se lo dije —Carlos también estaba en la habitación. Pues sí que andaba yo pegado aquella mañana. Le oí agregar—: Pero como se ha empeñado en venir, os dejo solitos.

Aunque ya sois adultos no os paséis, ¿eh?

—Veo que todos tenéis el ánimo para coñas, ¿verdad? ¡Quisiera veros en mi pellejo!

—Por tu grandísima culpa, enterado —dijo la pelirroja cuando el argentino se hubo largado—. Bien te la pegó esa lagarta, ¿verdad?

—¿Puedo saber a qué has venido? Si se trata de sermones puedes darte media vuelta, prenda.

—Quiero ayudarte, Derek.

—Lo sé, muñeca, lo sé. Pero soy yo quien tiene que menear las cachas. Tú nada puedes hacer.

Me tendió el periódico que traía doblado en el bolso.

—Léelo —me dijo.

Eso hice. Los titulares, enormes. Mi fotografía, muy clara. Y la del fulano que había ventilado dentro del catenárico de la Olstadm-U.S.A. Petroleum Exporting, también.

La mala... eso de Lorelei no había mentido del todo.

Porque el interfecto en autos se llamaba David Houston.

Y tenía pasta a cubos. Porque según decía allí era, en efecto, el presidente de la Warner-Houston Insurance Company.

Como si Peggy estuviese leyendo mi pensamiento, me aclaró, antes de que yo prosiguiese bisbiseando lo escrito en el periódico: —Era más soltero que la estatua de la Libertad, ¿entiendes? Jamás existió en su vida una mujer llamada Lorelei Wales. Me he ocupado de comprobar... ese *pequeño* detalle.

—¿Escuchaste la conversación? —interrogué, echando a un lado el diario al tiempo que prendía un pitillo.

—Dejaste el interfono abierto.

—Lo tendré en cuenta para lo sucesivo.

Hizo como que no me oía.

—Eras la víctima propiciatoria ideal, Derek. Por eso vino a verte esa tía. Tu fama..., la animadversión que Kramer te profesa. Todo muy bien calculado. ¿Qué piensas hacer?

—¿Dónde, jefe? —me preguntó el de la gorra ladeada.

—Al 38 de Perry Street, en Chinatown.

—O.K.

CAPITULO V

La tienda de antigüedades de Chiang-Lu era una más de las que prestaban a Chinatown el colorido y exótico tipismo que caracterizaba aquel barrio.

Digna de figurar en un museo.

Cuando empujé la puerta sonó la campanilla. Eso advertía a Chiang de que tenía pagano —de los de pagar— a la vista.

Vi ondular las cortinas de terciopelo adamascado. Y del otro lado salió un fulano de cara inexpresiva y rasgos orientales. Enfundado en eso que llamaban kimono, rojo, ribeteado de amarillo negro. En el pecho uno de aquellos retorcidos dragones, bordado, que tenía la lengua más

larga que Lorelei.

¡Hay, si conseguía atraparla!

El chino se me estaba inclinando ceremonioso del todo. Y al término de la teatral reverencia, dijo con voz neutra:

—Bienvenido, *honorable señor*. ¿En qué puede ayudarte tu humilde *selvidol*?

Eché una ojeada en torno mío. Estanterías de madera tallada con molduras en forma de más dragones y otros bichos que parecían lagartos, con signos orientales que no los entendía ni el que los inventó. Repletas de vasijas, estatuillas que debían costar un riñón, relojes, porcelanas, bustos, figuras...

y toda esa serie de cosas raras que fabrican los chinos, Para coleccionistas y maniáticos, desde luego.

Miré fijamente al del kimono.

—Me han dicho —anuncié, muy serio e impersonal también—, que posees una preciosa miniatura del gran dios T'ais-Han. ¿Puedo contemplarla?

Chiang-Lu, hierático, inclinó otra vez la testa.

—Desde luego, *honorable señor* —afirmó sin la menor emoción—. ¿*Quieles pasal*?

Apartó las cortinas.

Pasé.

Y él, detrás.

—Le das el «pego» al mismísimo Confucio, tío.

Se estaba quitando las cejas postizas y las bolitas de caucho diminutas que prolongaban sus órbitas hacia las sienes. También el ridículo bigotito. Se quedó con el kimono y el maquillaje.

—Tienes problemas, ¿verdad? —y dejó de llamarme *honorable señor*.

—¿Cómo lo sabes, Tony?

Se llamaba Tony Wilson. Fue uno de los primeros clientes que tuve al

llegar a la ciudad de los rascacielos y pude sacarle de un grave aprieto.

—Lo dicen hasta los tebeos. Aunque tu amigo Alan Kallberg se hace astillas echándote todos los capotes que puede. Dice que has sido víctima de una diabólica maquinación ur-dida por una mente siniestra. ¡Hay que ver cómo le «untas», fisgón!

—Dejando eso aparte, dice la verdad. ¿Has efectuado algún sondeo?

Tony, alias Chiang-Lu, me entendía perfectamente. Estaba en contacto con las redes que operaban en los lugares donde se dejaban ver los hampones de la ciudad: Harlem,

Muberry Bend,- Greenwich Village y el propio Chinatown.

—Negativo. Pero sé que te la han jugado bien.

Me dejé caer encima de una otomana. Le puse al corriente de los detalles.

—Necesito encontrar a esa puerca, Tony. Fuera del catre tiene muy malas ideas. Si Kramer da conmigo antes que yo con ella, las voy a pasar moradas.

—No acabo de entender este lío, Derek —me dijo con expresión preocupada—. Muy enrevesado. ¿Por qué razón habrán querido eliminar a un tipo como Houston? ¿Qué conexiones podía tener desde su privilegiada posición con el sórdido mundillo delictivo?

Solté una risotada amarga.

—Me consuelas, créeme. Esas preguntas me las he formulado un millón de veces. Son respuestas lo que me hacen falta, Tony. Está claro que yo he «ventilado» al millonario de los seguros, ¿vale? Y sin esa fulana no puedo demostrarle al cabrito de Kramer que he sido cazado en una asquerosa trampa.

Tony Wilson parecía seguir el hilo de sus propios pensamientos sin prestar excesiva atención a mis explicaciones. Formando un arco doble con ambas cejas, sentenció:

—Si pierdes la calma, eres carne de fiscal. Tú conoces bien las leyes y sabes lo que te juegas. Y no hay pruebas circunstanciales que valgan. El revólver está debidamente di-ligenciado a tu nombre y los plomos que acabaron con Houston salieron de él. No les vaya luego

explicando que ni lo conocías y que por ello carecías de motivos para «pasaportarlo» al infierno.

—Si te parece me pongo a leer el libro rojo de Mao. A lo mejor encuentro la solución allí, ¿te parece?

—Estás fuera de juego, muchacho. Ciego con la chavala y pasando por alto otros detalles de mayor importancia. ¿No te dice nada la oportuna llegada del sargento North?

—Debieron avisarle. Formaba parte del cepo. Y como está más loco que su jefe por meterme mano, pues eso, se plantó en el tinglado.

—¿Y por qué no suponer que estaba dentro esperándote?

—Teoría válida —afirmé—. ¿Y...?

—Pudo darle él mismo al gatillo para provocar tu reacción. ¿Y si tenía a Houston encañonado y luego lo envió hacia la trayectoria de tus proyectiles?

—Me sigue sirviendo. Pero... ¿qué ganaba Morgan North con todo eso?

—¡Toma! —ahora soltó él la carcajada—. El fin justifica los medios. Colaboraba en la trampa y luego le caían los galones por pillarte con las manos en la masa, *in fraganti* que se dice legalmente, ¿no?

—¡Bravo, doctor Watson! —me tocaba el turno del escepticismo y la burla. Como si no fuese mi piel la que estuviese en juego. Decididamente estaba perdiendo facultades.

Dean Martin cantaba con *play-back*, pero yo, ni eso—, ¿Me puedes decir cómo lo pruebo, artista?

—Trataré de dar con esa belleza que te ha metido en este ajo pestilente. Esta noche te aguardo aquí... y con resultados positivos. Ya sabes cómo trabajo.

Hice ademán de darle dinero para que comprase a quien fuera necesario.

—No hace falta —dijo, añadiendo, irónico—: Ya te pasaré la minuta después.

Viéndome dispuesto a largarme recompuso su aspecto de chino de los

de la China.

Me acompañó hasta la puerta que tenía campanilla y todo. Doblando el espinazo a

todo trapo mientras me explicaba entre lamentos:

—Cuanto lo siento, *honorable señol*. Estoy *plofundamente* apenado...

—Pues imagínate como estaré yo si me mandan oler butano.

—Todo se *aleglalá*, *honorable señol*.

—¡Confucio te oiga, macho!

Y salí a la calle.

¡Menuda putada me habían jugado!

Mi comfortable situación ganada a pulso y a golpe de billetes cayendo en el bolsillo de Kallberg no valía ni un cochino centavo.

Y todo porque la maldita Lorelei me había elegido como analgésico de sus dolencias.

¡Con la de fisgones que hay en la *city*!

Pero ella había preferido uno bueno y con nombre. Mira por donde me vino a la memoria aquella frase que ella pronunciara en mi despacho: *¿Usted es abogado además de detective, ¿verdad? Es interesante que esté al corriente del aspecto jurídico de la cuestión. Por eso he venido...*

¡Y tanto que estaba al corriente! Y ella, también. Porque me había metido en un callejón sin salida con todas las consecuencias.

Pero como me escapara del butano, aquella tía se iba a enterar de lo que costaba un peine.

Lucía un sol espléndido. Para algunos, claro. Porque un servidor lo veía todo muy negro.

Me colé en un tugurio lleno de mierda que decía llamarse bar no sé cuantos.

En el suelo había de todo. Esputos, paquetes de cigarrillos arrugados, envolturas de terroncitos de azúcar, colillas, resto de bebidas a no ser que alguno aprovechase para hacer pipí en la propia barra, etc.

La pinta del barman estaba de completo acuerdo con el decorado. Tenía todas las trazas de no ser demasiado macho.

—¿Qué le pongo?

Iba a decir que una generosa ración de veneno, que a buen seguro tenía, pero pedí:

—Whisky.

—¿Alguna marca especial?

Estuve en un tris de mandarlo a tomar... no, que podía aficionarse.

—La primera botella que pilles, encanto.

No se molestó. Me trajo el whisky dentro de un vaso que estaba bastante limpio. Le había caído bien. Y es que uno tiene buena percha, eso fuera de cualquier duda.

Justo al instante que me llevaba el cristal a la boca entró un tipo y se me colocó a mi derecha. Lo de éste sí que estaba diáfano. Era bastante menos macho que el camarero,

¡que ya es decir! Marica con todos los pronunciamientos a su favor.

Pidió una menta con ginebra. Le debía estar esperando su amigo y quería ponerse en forma.

—¡Pero...! —exclamó, mirándome con una cara que me revolvió las tripas—. ¡Vaya sorpresa! ¡Oh, sí lo es, naturalmente que sí! ¿Verdad que usted es Derek Brown?

¡Si sería...! Lo era. Lo que yo estaba necesitando precisamente: que aquella corista venida a muy poco se pusiera a vociferar mi nombre. Menos mal que estábamos solos.

Y en vista de que no le contestaba, insistió:

—¿De veras que no me recuerda, señor Brown? ¡Oh, por favor! Haga memoria. ¡Con la ilusión que me ha hecho encontrarle otra vez! Pero está usted muy desmejorado, ¿eh?

Iba a preguntarle cómo estaba su madre, pero no me interesaban más jaleos.

—No se esfuerce, muchacho. Soy muy torpón en cuestiones' de

fisonomías. Pero me reconforta no recordarle.

Hizo una cucada de esas que *ellos* saben hacer.

—Fue en el Madison Square Garden. Ocupábamos localidades vecinas en aquel combate de Cassius Clay contra...

—¡Que no me maree, narices!

Y aboné mi consumición largando estachas del antro.

—¡Brown! —exclamaron a mi espalda—. Le estoy apuntando con una pistola que fácilmente se confunde con un cañón. Caminemos tranquilamente hacia el Chevrolet-Camaro de color verde que está aparcado diez yardas más abajo. Lo ve, ¿no?

Miré a mi izquierda.

¡Toma con el admirador de Cassius Clay! Con aquel pistolón en la diestra ya no me parecía tan... eso. Pero lo seguía siendo, no cabe duda.

Y exhibía aquello que él decía confundirse fácilmente con un cañón en mitad de la calle.

Sin inmutarse. Así de tranquilo.

—¿Vas a raptarme, monada?

—No saque juicios precipitados, pesquisa. Las apariencias engañan —me advirtió, ominosa la expresión, aquel tipejo que seguía teniendo todas las características de pertenecer a los de la otra acera. Dejando muy bien sentado lo siguiente—: Pruebe a menospreciarme y le ahorro trabajo al bueno de Harvey Kramer.

¡Encima amigo del capitán! No, si cuando yo digo que la corrupción campa por sus respetos en los sitios donde tienen la obligación de erradicarla.

¡Podrido país!

Llegamos junto al auto y me hizo sentir la presión del arma contra el espinazo, empujándome hacia el interior.

Al volante había un tipo con pinta de tuberculoso perdido y mirada de hijo de una cosa fea, que cuando nos hubimos acomodado le preguntó al figurín:

—¿Nos vamos, Pietro?

—Nos vamos, Corby.

Y el tal Corby puso el «carro» en movimiento.

—¿Y adónde nos vamos? —pregunté, atrevido de mí.

—¿Has oído hablar de don Andrea Genovesse? —fue la interrogante respuesta del que llevaba nombre masculino y decía llamarse Pietro.

Me callé.

¡Naturalmente que había oído hablar de Andrea Genovesse! ¿Y quién no?

CAPITULO VI

Aquel lugar era conocido con el sobrenombre de «La Góndola de Oro», por varias razones. Una: porque tenía un trazado similar a las embarcaciones románticas que cruzaban los canales venecianos llevando a menudo a bordo parejas de enamorados que se besaban en los morritos. Otra: que en el interior de aquel trazado se ubicaba la fortaleza de un viejo mafioso que había dado mucho que hablar en la década de los 30, cuando Chicago, Nueva York y otras ciudades de la geografía del Tío Sam eran emporio del crimen, el vicio, la transgresión de la ley y todo ello porque hombres como Genovesse manejaban el cotarro. La tercera: porque se decía que el tal Genovesse aún guardaba lingotes de oro de cuando en los buenos tiempos sus muchachitos se entretenían desvalijando bancos y entidades similares.

Todo un diccionario de muchos volúmenes, ¡vaya que sí!

Las copas de frondosos arbustos, castaños y robledales en su mayor parte, atisbando con nostalgia hacia el río, silueteaban el muro que limitaba la extensión de «La Góndola de Oro».

Una verja señorial y artística —con alarma de todos colores y circuito cerrado de TV—

daba acceso al recinto. De allí partía una amplísima avenida, enarenada, que se perdía a los pocos metros serpenteando por el extenso y agreste jardín.

Frente a éste, lucía con esplendoroso verdor una alfombra de césped cuidada con esmero exquisito.

Al fondo, asomaba de nuevo la avenida y tras describir una curva armónica iba a fallecer frente a la entrada de un edificio de auténtico ensueño cuyo estilo arquitectónico tenía reminiscencias del colonialismo anglosajón.

—Hemos llegado —me anunció el bello Pietro, al que sólo le faltaba cantar cuplés y cositas por el estilo, empujándome de nuevo con su bazooka—. ¡Pies a tierra, pesquisa!

Obedeciendo, que es gerundio.

Me esperaban, eso quedaba claro.

La puerta estaba abierta y un menda al que la librea y demás ornamentos le sentaban como una patada allá donde todos imaginamos, se hizo a un lado mientras un servidor se adentraba en aquel museo escoltado por mis captores.

Pietro pasó delante para marcar el camino y llegamos, a través de un pasillo cómodamente alfombrado, hasta una sala que estaba casi al final de aquél.

—No vayas a marcharte, ¿eh? —se regocijó el que tenía la «vena», antes de cerrar la puerta. Añadiendo—: Ten paciencia que en seguida estarás bien acompañado.

Era absurdo intentarlo. Yo sabía que el sistema de alarma por medio de circuitos fotoeléctricos era perfecto. Interrumpías el impacto del rayo sobre una célula y se armaba la marimorena.

Me entretuve curioseando. Enormes espejos, sillas regiamente tapizadas, dos mesas de distintos tamaños, un enorme mueble-librería al que asomaban lomos dorados de costosos volúmenes encuadernados en tela y oro, figuras y estatuillas de precio, e incluso lienzos de firmas cotizadísimas entre los que se encontraba un auténtico Picasso.

El imperio de Andrea Genovesse.

Una especie de moderna fortaleza. Un baluarte esplendoroso que ocultaba un pasado más que turbulento: sangriento.

Andrea Genovesse: la mayoría lo suponían un millonario excéntrico. Los menos conocían su verdadera historia, pero hacían muy bien fingiendo haberla olvidado.

Genovesse seguía con vida después de haberse atrevido, con un par de pantalones, a cantarle la caña bien cantada al mismísimo Al —Cara Cortada— Capone.

Al margen del Gran Sindicato, Andrea Genovesse había edificado su propia organización.

Y así pudo asistir plácidamente al desmoronamiento total del Sindicato. Contemplar impávido la caída de los dioses de la «familia»: Johnny Torrio, Anastasia, Colossimo, Capone, Frank Nitti y un largo etcétera.

El bueno de Elliot Ness y sus intocables se habían llevado por delante a todos los peces gordos, pero Genovesse había sido la excepción que

confirmaba la regla. Nunca le probaron nada. Jamás consiguieron una orden de detención contra él.

Había sido habilísimo para todo. Hasta para jubilarse, porque supo hacerlo a tiempo.

No sé por qué, o quizá sí, al rememorar aquellos tiempos de las lumbreras del asesinato y el gansterismo, me vino a la memoria Max Huseland.

¡Bah! Basura todos. Incluido el hábil Genovesse.

Di una vuelta en redondo.

¿Qué cuernos me importaba a mí la historia de aquel hampón asqueroso?

Pero una pregunta empezó a martillear mis atribuladas sienes: ¿Qué tenía que ver Genovesse con la trampa en el tinglado de la Olstadm-U.S.A. Petroleum Exporting y la muerte de David Houston?

Porque era obvio que no me había hecho llevar hasta su «Góndola de Oro» para interesarse por mi estado de salud.

Y de momento, la única conexión lógica que yo podía establecer entre ambos era el cadáver del presidente de la Warner-Houston Innsurance Company.

Pero... ¿qué diablos estaba esperando para dar señales de vida? ¿Lo estaban maquillando como si tuviera que salir en directo por televisión?

Los minutos fueron pasando con exasperante lentitud. Me parecieron siglos.

* * *

Sí, habían tenido que maquillarlo.

Porque estaba hecho una auténtica porquería. Piel y hueso. Apergaminado. Viéndolo ahora nadie hubiese imaginado su azarosa y agitada existencia a caballo de dos décadas felices: la 30-40.

—Tome asiento, Brown.

La energía habíase volatizado de su esquelética figura.

Lo hice, mientras él se situaba al otro lado de la mesa grande.

—¿Un whisky? —me ofreció.

—No, gracias. Sólo bebo en compañía de personas decentes.

—¡Ah, juventud, divino tesoro! —exclamó con nostalgia, disculpando con paternal benevolencia mi primera andanada. Sentenciando—: Los años le cambian a uno, señor Brown. Y mucho. A su edad, yo todavía era más impulsivo que usted. Pero esa época hermosa de la vida se entrega poco a poco a cambio de recibir experiencia. Ese es el tributo precisamente. Pero en fin... Le agradezco que haya venido.

—Sus matones me han traído, don Andrea.

Una difuminada sonrisa descendió sobre sus labios descoloridos.

—Aunque le agradezco la deferencia, los tiempos del tratamiento ya murieron, Brown.

Genovesse o Andrea simplemente, como prefiera. ¡Ah!, le han traído porque pensaba que usted quizá declinaría una invitación más cortés.

—Acertada deducción —le confirmé—. Y ahora, ¿puedo saber qué hago aquí, simplemente Genovesse?

—David Houston está muerto.

—No es noticia. Me lo cargué esta madrugada. ¿Alguna otra novedad?

—Quiero contarle una historia.

—¿Interesante?

—Para usted, Brown, interesantísima.

—Escuchémosla.

Antes de empezar extrajo un auténtico habano de la caja de cuero repujado que descansaba sobre la mesa. Con una especie de cortauñas le partió la punta y tras calárselo entre los labios le prendió fuego.

—Esa chica lo ha metido en un buen lío —y exhaló tupidas bocanadas de humo.

—Si la historia empieza así, ya puedo largarme.

—Tranquilo. Empezó el quince de abril de mil novecientos sesenta y siete en un poblado de Vietnam llamado Quon Tri.

—Me quedo —ironicé.

—Y hará muy bien —también había sarcasmo en su voz. Prosiguiendo —: Un sargento del ejército norteamericano tenía la fea costumbre de torturar a los vietnamitas, mutilándolos horriblemente. Luego metía en un frasco con alcohol, orejas, narices, ojos, genitales...

—Todo un coleccionista. ¿Y a mí qué me importan las repugnantes morbosidades de ese sargento...?

—Se llamaba Kirk Locke. En Saigón había conocido a un marchante francés, Antoine Moreau, de esos que hacen bueno aquello de que a río revuelto...

—Ganancia de sinvergüenzas. Usted sabe mucho de eso, simplemente Andrea.

—Yo me empeño en querer ayudarle y usted en zaherirme —dijo, en su línea tolerante.

E ignorando mis absurdos intentos ofensivos, continuó—: Moreau le dijo a Locke lo del tesoro que se ocultaba en un lugar determinado de Quon Tri. Allí se había adorado siempre a Maya, según la leyenda madre de Buda que se encarnó de la luz cegadora de una estrella descendida hasta la tierra para iluminar las entrañas de Maya. Había un templo secreto al que en otros tiempos acudían personas de todas las categorías sociales a depositar ofrendas ante la esfinge de Maya; piedras preciosas, alhajas, brillantes, esmeraldas, estatuillas de oro macizo, relojes de auténtica orfebrería

construidos en platino... Un muchacho llamado Che Trung Vien, hijo del que fuera patriarca del poblado de Quon Tri, era el único que conocía el emplazamiento del templo. ¿Me sigue?

—Como si fuese usted la mismísima Raquel Welch.

—Es la primera frase grata que me dedica —sonrió. Y fue de nuevo al grano—: Locke le dijo al francés que la cosa estaba hecha: un experto en la tortura como él le iba a sacar al muchacho hasta las primeras papillas. Moreau le dijo que no se precipitara. Primero, había que pensar en cómo sacaban el tesoro del Vietnam. Si aquello se sabía, tal y como estaban los ánimos por allí, todos querrían su parte. Hacía falta alguien que pudiera moverse con libertad... Kirk Locke le dijo

que tenía la persona idónea: el corresponsal de guerra del *New York Evening*, un tipo sin demasiados escrúpulos llamado Richard Houston.

Pegué un más que sonoro respingo y se me fue el pescuezo para arriba como si acabase de picarme una avispa.

—¿Familiar de David...?

—Su hermano.

—¡Vaya! Esto sí que es...

—¿Interesante? —me atajó—. Ya se lo he advertido antes. Y Andrea Genovesse nunca miente. Richard... —continuó la historia—, lógicamente, no le hizo ascos al asunto.

Admitió que podía sacar el tesoro de aquel infierno pero necesitaba un cómplice. Tenía un buen amigo en Da Nang, destinado en la Primera División de Marina, que iba y venía de la playa a bordo y viceversa. Aquel destructor en el que estaba embarcado, según le había dicho Bonnie McFarlane la última vez que él había estado en Da Nang, ocho días atrás, tenía previsto el regreso a Estados Unidos para el tres de mayo de mil novecientos sesenta y siete. Tenían que darse prisa. Y se la dieron, desde luego. Kirk Locke hizo una verdadera carnicería con el infeliz Che Trung Vien; empezó cortándole los dedos de ambas manos, le sacó un ojo después...

—¿Por qué no se ahorra la parte simpática del relato?

—Es usted muy impresionable...

—Sólo humano, simplemente Andrea. El tesoro fue embarcado en ese destructor y llegó a Norteamérica, ¿cierto?

—Muy cierto. Y luego se las ingenieron para ir llegando los otros dos, puesto que McFarlane como integrante de la dotación y Richard Houston fingiendo una herida, habían venido acompañando el cofre que contenía las innumerables riquezas de Maya.

—¿Y una vez aquí...?

—Se hacía necesario encontrar peristas a quienes vender la *mercancía*. Como ninguno de los cuatro sabía valorar exactamente cada uno de los objetos, si los repartían en bruto, aceptaban el riesgo de no hacerlo con equidad. Moreau aconsejó que no era prudente vender a ciegas. Et menor fallo podía poner alerta a la policía y todo se iba al garete. ¿Có-

mo justificaban la legal procedencia de aquella fortuna?

—Inteligente el amigo Antoine —apunté. Queriendo saber—: ¿Qué hicieron entonces?

—McFarlane empezó aconsejando que cada uno debía adoptar nombre y personalidad falsos mientras dejaban pasar un lapso de tiempo prudencial antes de comenzar las gestiones de venta. Richard Houston abrió dos interrogantes: ¿Dónde ocultaban el botín?

¿Qué escondrijo garantizaba las medidas de seguridad necesarias? El mismo ofreció las respuestas en una de sola: su hermano era el presidente de la Warner-Houston Innsurance Company... ¿Existía un lugar más idóneo que una caja en la cámara del departamento de valores de la Warner-Houston Innsurance? Aprobaron por unanimidad.

—¿Y David se prestó a colaborar?

—¿Usted hubiese despreciado una quinta parte de aquella fortuna?

Fui sincero:

—Posiblemente no.

—Eso hizo David Houston.

—¿Luego? Porque adivino que estamos llegando al punto álgido de esta narración,

¿verdad?

—Muy deductivo, abogado. El departamento de valores de la Warner-Houston Innsurance Company no resultó ser todo lo seguro que habían imaginado. *El*

«cargamento» fue robado.

—¿Y se lo tragaron? —pregunté.

—Eran sinvergüenzas, canallas, asesinos y por lo tanto no eran imbéciles. Pero no tuvieron más remedio que admitirlo. A partir de entonces Moreau, Locke y McFarlane, ni de día ni de noche perdieron de vista a los hermanos Houston. Tenían la absoluta certeza de que sólo ellos habían podido planear la maniobra. Pasó el tiempo sin que saliera a la luz el menor indicio de donde podía hallarse el alijo, y sin que los Houston cometieran el menor fallo que confirmase las

sospechas de sus socios.

»Dos años más tarde, Bonnie McFarlane perdió los estribos y se fue por Richard con la intención de hacerle soltar la lengua empleando idénticos métodos que Locke y él habían puesto en práctica con los vietnamitas. Le cortó una mano, pero con la otra, Richard le metió una navaja en la garganta. McFarlane murió en el acto y cuando descubrieron a Houston, fue tarde. Ingresó cadáver en el Kingsbrook Medical Center.

—Y no se cargaron a David porque era la única pista.

Muerto él, podían despedirse para siempre de la fortuna, ¿no?

—Correcto, Brown. Locke y Moreau fueron más pacientes. Tuvieron la calma suficiente para esperar año tras año estimulados por una ambición irrefrenable y un sórdido deseo de venganza. Trece largos años ha durado su espera.

—¿Quiere eso decir que han conseguido encontrar...?

—¡Qué más hubiesen querido! —exclamó mi interlocutor—. Varios detectives de honorabilidad más que dudosa trabajaron para ellos encontrando un plano que David Houston guardaba en el doble fondo de su escritorio. Un plano del Central Park. En él, dos círculos en tinta verde parecían delatar el sitio donde fuese ocultado el alijo. Y se han precipitado al planear la muerte del presidente de la compañía de seguros al no asegurarse previamente de si el plano revelaba con exactitud el lugar donde se ocultaba el botín.

—Y yo he sido el ratón de laboratorio.

—Ni más ni menos. Liquidar a un tipo de la posición de David era liarla. Revuelo, averiguaciones... Pero si la policía no tenía que molestarse demasiado en dar con el asesino...

—Ya. Que soy un fulano con suerte, ¡vamos! —y de repente una luz brilló en mi

confundido cerebro. Le pregunté—: ¿Cómo ha sabido usted que el plano es falso?

Me sonrió con evidente suficiencia. Sus mandíbulas tintinearón como las de un esqueleto.

—Si los hombres de la CIA supieran lo que yo, no quedaría vivo un

solo espía extranjero en este país.

De nuevo se le llenó la boca con aquella repulsiva sonrisa. Y repuso:

—Se lo explicaré. Mis muchachos dieron hace tiempo con ese papel. Jugada inteligente por parte de Houston. Comprobamos que el sitio exacto del Central Park donde se sitúan los círculos verdes de acuerdo con el plano, debajo, sólo tienen tierra.

Nos miramos en silencio. Como si buscásemos leer los mutuos pensamientos.

—¿Por qué me lo ha contado? A usted le importa un rábano que a mí me gaseen o no.

¿Qué pretende, Andrea?

Los mortecinos ojillos del ex boss y ex gángster se iluminaron difusamente. Soltó de un tirón:

—*Que encuentre ese tesoro.*

Ahora me tronché de risa. Y lo había dicho tan ancho y ancho. Tranquilo él. Así de fácil.

No tenía más que comprarme la lámpara de Aladino y mantener una conversación con el geniecillo que salía de dentro.

Dos fulanos esperando la tira de años y quería que yo... ¡Anda ya! Genovesse chocheaba. Pero mira por dónde, reflexivo una vez en mi vida, decidí seguirle la corriente.

A ver hasta dónde llegábamos. Ya no venía de una estupidez más.

—¿Y qué me ofrece a cambio, Andrea?

—Una cuarta parte y todo un repertorio de pruebas acerca de su inocencia. Suficiente para convencer a su amigo Kramer y a cincuenta fiscales de que ha sido usted víctima propiciatoria en este asunto.

Si decía la verdad, no estaba mal. Pero ¿dónde encontraba el fortunón? Ya lo pensaría luego! Tenía tantas cosas en que pensar. Le dije:

—Quedan dos vivos. ¿Qué pasa con Locke y Moreau?

—Ya no se llaman así. Moreau tiene documentos a nombre de Rock

Harvey. En cuanto a Kirk Locke se ha cambiado su tarjeta de identidad por la de un tipo que se parecía mucho a él y puede votar en las elecciones pasando por Laurence Nielsen. Son socios...

—¡Hombre! Iniciaron la sociedad en Quon Tri, ¿no?

—Quiero decir que son hombres de negocios, hoy, aquí, en Nueva York. Comparten las ganancias de un club nocturno con clientela muy heterogénea. Los magnates del mundo *gay* se dan cita allí cada noche.

—Su guardaespaldas Pietro debe ser de los fijos, ¿no?

—¡Déjese de estupideces, Derek! —le vi mosquearse por primera vez en el transcurso de nuestra extensa charla. A lo peor le había dado donde le dolía porque se encamaba con Pietro. ¡Bah!, don Andrea no estaba para aquellos trotes. Dominándose, añadió—: También acuden chicas que son verdaderos bombones. Se llama La Liberté. Moreau no puede escapar a sus amores patrios y le ha puesto nombre francés.

Disparé una pregunta:

—¿Qué sabe de una tiparraja que se hace llamar Lorelei Wates y que vino a verme diciéndome ser la esposa del solterón Houston y que es la que en realidad me ha metido

en este lío?

Noté una fugaz crispación en las facciones de Genovesse, pero no supe exactamente a qué atribuirla.

—Nada.

—Pues los de la CIA no se iban a cargar tantos agentes extranjeros como usted asegura.

Lo sabe todo e ignora lo fundamental. ¿De veras tengo cara de imbécil, simplemente Andrea?

Se mantuvo rígido y el silencio.

—Puedo prestarle alguno de mis hombres, Brown.

—¿Hombre? —me mofé—. ¿Quiere que de verdad acabe aficionándome al ambiente *gay*?

—Como guste.

Sabía que era inútil seguir preguntando porque no le arrancaría ni una sola palabra más de las que él había considerado oportuno hacerme partícipe. Así que:

—¿Puedo largarme, *don* Andrea?

—Esto no es un penal, abogado. Le deseo suerte.

Y extendió su huesosa diestra.

Quedándose con ella tendida. Todavía quedaban clases. Yo no estrechaba la mano de gentuza aunque se hubiesen atrevido a desafiar al mismísimo Capone y burlarse de Elliot Ness.

¡Caca para Andrea Genovesse!

De veras, y no tenía por qué engañarme, ni engañarles a ustedes, que me alejé bastante confundido de la «Góndola de Oro».

Teniendo una idea bastante concreta del *sui géneris* de fulanos como simplemente Andrea, no acababa de entrarme en el coco que se hubiese mostrado tan explícito y locuaz.

Conmigo.

Un detective-abogado bastante venido a menos que tenía todos los números para pasar a la categoría de cadáver después de inhalar una buena dosis de butano.

¿Explícito?

A medias, ¡eh!, sólo a medias.

Porque con respecto a la borde de Lorelei, ni pío.

Y aquella individua era precisamente la que me había metido en todo el tinglado cuyo principio tuviese lugar en el tinglado número 27 de la Olstadm-U.S.A Petroleum Exporting.

¡Y menudo tinglado!

¿Por qué aquella fugaz crispación en las facciones de Andrea Genovesse cuando había mencionado, de mala manera, a la chica?

Mejor dejaba de hacerme preguntas y empezaba a menear las nalgas si es que de verdad quería salir de aquel mortal atolladero.

Tiempo habría de dar con las respuestas... y si no la había, ¡peor para mí!

¡Puñeta! Uno era todavía muy joven para... eso.

El taxi se me puso delante y lo aproveché.

—Lléveme a un sitio donde vendan coches usados.

—Al momento, ¡jefe!

¿Jefe? Aquel tío también estaba de cachondeo.

CAPITULO VII

En Estados Unidos, país demócrata por antonomasia, pasa como en la mayoría de parcelas del globo donde tanto se habla de la libertad, los derechos humanos, la incorporación plena del hombre a la sociedad y demás monsergas y chorradas que les sirven a los políticos para obtener los suficientes escaños para presentarse en el Senado o, en el mejor de los casos, sentar el trasero en la poltrona de la Casa Blanca... pasa, decía, que con tanta martingala demócrata se transgrede la ley como a uno le sale de las... narices.

Por ejemplo: te vas a un tío con cara de usurero que vende coches de segunda y hasta de tercera mano. El fulano está loco perdido por colocarle material al mismo Satanás que baje a la Tierra. Le dices:

—Oiga, mire, me llamo Irving Lorre, acabo de llegar de Chicago... y ¡maldita sea!, he perdido mi documentación. Me hace falta comprar un coche y que usted me lo ponga en regla...

Se parte el culo, vamos.

Total, para no aburrirles, que empleando este elemental sistema, me hice con un estupendo Mercury-Cougar de color ceniza que era una maravilla.

Por teléfono, le recordé a mi amigote el argentino —que se alegró mucho de oírme, porque eso era señal de que seguía vivo y de que estaba al otro lado, el que da a la calle, de las rejas del talego— que llevase el Ford-Mustang a la otra punta de Nueva York.

En un modesto restaurante de la parte alta de Manhattan, previa confirmación de que por el interior no merodeaban tipos de pinta sospechosa, hampones baratos al servicio de tíos como simplemente Andrea y Cía., hice un almuerzo-merienda-cena dada la hora que ya señalaban las manecillas de mi reloj.

Luego, vuelta a mi adquisición de cuatro ruedas y proa a Chinatown. Cuando alcancé Allan Street y detuve la marcha en la confluencia de ésta con la calle Bowery, dentro ya del Barrio Chino, dejando el vehículo estacionado en una zona que no se distinguía precisamente por su derroche de alumbrado.

Eché patas al suelo para recorrer el resto del trayecto andando.

Torcía por Penn Street cuando la voz de un picarón espigado con

gorra de jugador de béisbol, que pregonaba a berrido pelado la edición nocturna y extra según aseguraba el malandrín del *New York Times*, me hizo detenerme en seco. A lo mejor Alan Kallberg tenía los bigotes de decir que era David Houston quien se me había cepillado a mí y que la policía, incluido el capitán Kramer...

No.

No era aquella la noticia que estaba voceando el chaval.

—¡Edición extraordinaria! ¡Sensacional! ¡El cadáver de David Houston robado de la morgue!

Aguanta. Esta sí que era nueva.

Me acerqué al muchacho procurando que no se fijase demasiado en mi rostro.

—Dame uno.

Me tendió el periódico, revolviendo en la bolsa que llevaba sujeta a la cintura en busca de cambio.

—Puedes quedarte con la vuelta.

Para eso estaba haciendo tiempo, ¡natural!

—O.K. ¡Gracias, señor!

La noticia la destacaban lo suficiente. Toda una epopeya de fluido y sintético redactado insertada en primera plana. Estaba el retrato de Houston y, ¿cómo no?, el de un servidor.

Los dos estábamos muy guapos, sí. Pero con una diferencia: yo seguía vivo.

Busqué un poquito de luz para empollarme bien del asunto. Eso decía el morbosos redactor:

«Habíamos llegado a la conclusión, tras dar muchas vueltas al asunto, que el crimen llevado a cabo en la persona de David Houston — hombre de sólida posición, de honestidad y salud moral harto probadas—, inexplicable hasta ahora aunque la policía conozca el nombre de quien lo ha perpetrado y haya hecho muy poco hasta el momento por detenerlo... de que viene a ser uno más en la lista, amplia, extensa y desgraciada lista...»

Me salté todo aquello por no hacerme una función fisiológica desagradable y maloliente en la madre del que firmaba el artículo.

Seguí más abajo, donde se leía lo siguiente:

«A las cinco de esta tarde aproximadamente, y sin que nadie haya logrado todavía salir de su asombro para intentar responder al cómo y al porqué, el cadáver del presidente de la Warner-Houston Insurance Company ha sido sustraído de la mismísima mesa de autopsias de la morgue, antes de que el forense haya procedido en el occiso de acuerdo con lo legal.

»Ninguno de los funcionarios interrogados por la policía y por nuestros redactores enviados especialmente para obtener algún informe que pudiese arrojar luz sobre tan sorprendente... ¿Podemos llamarle «hurto»?,

Ninguno, ha sabido ofrecer una explicación, una versión de los hechos, medianamente lógica, coherente...»

Me salté otro pedazo de aquel «pastel» y me tragué el párrafo final.

¡Mira lo que decía aquel hijo de su madre acerca de lo que decía otro hijo de su madre!

«El capitán Harvey Kramer de la brigada de homicidios, a quien se le ha asignado el caso, afirma rotundamente que sólo el conocido abogado y detective Derek Brown, autor del asesinato, puede estar interesado en la desaparición del cadáver a fin de evitar que el departamento de balística, tras el oportuno reconocimiento, informe categóricamente que los proyectiles que causaron la muerte de Houston procedían del revólver del abogado Brown. Sin embargo, no aporta razones convincentes, más o menos lógicas si se quiere, en que basar su hipótesis acerca de Brown, además del asesino, sea el ladrón del cadáver. Lo que si le garantiza el capitán Kramer a la opinión pública es que en menos de 24 horas Derek Brown hará

su entrada en el precinto policial debidamente esposado.»

¡Y un cubo de basura para él!

Arrugué el periódico con muy mala leche y lo lancé en medio de la calzada.

Cada vez lo entendía menos.

¡El cuerpo de David Houston... ROBADO!

¿Por qué? ¿Habrían calibrado la posibilidad de que llevase el plano genuino grabado en la epidermis interna del pompis?

¡Bobadas! Pero... ¿qué se proponían hacer con el muerto?

Una obra de arte, seguro que no.

Había que «charlar», urgentemente, con el tándem Nielsen-Harvey, otrora Locke-Antoine Moreau, para recordarles sus tiempos en el Vietnam... donde hubieran podido quedarse para no complicarme a mí la vida.

Sólo aquella pareja de canallas podían tener algún interés en el helado cuerpo de Houston.

Tony Wilson me estaba esperando porque hasta me abrió la puerta.

Nada de *honorable señol* ni leches en verso.

—Admiro tu puntualidad —me dijo.

—¡Arrea! Si no lo soy tratándose de poner a salvo mi pellejo, con carne y huesos incluidos, ¡ya me contarás!

Pasamos a la trastienda.

—Tengo noticias.

—Pues suéltalas.

Primero le dimos a la botella de whisky. Como en los tiempos difíciles. En el gollete y de la boca del uno a la del otro. Sólo faltaba que nos partiésemos un pitillo.

Tony se retrepó en la otomana y yo me recosté contra la pared.

—Vi como se te llevaban los esbirros de Genovesse.

—Gracias por no evitarlo —solté.

—¿Qué querías que hiciese?

—He hablado en serio. Don Andrea, que me permite que le tutee casi, me ha explicado cosas muy interesantes.

Y se lo conté.

—¿A que no te ha dicho nada de Lorelei Wates?

—No. ¿Cómo lo sabes?

—Elemental, mi querido Watson: *es su hija*.

Si me pinchan en las venas me sacan coca-cola, ¡palabra!

Medio minuto para reaccionar.

—¡Wilson! ¡Por tu santa madre! ¿Estás seguro de eso?

—Como que Ronald Reagan es el presidente electo. Hace mucho tiempo que la chica, cuyo verdadero nombre es Sophia Genovesse, le hizo un corte de mangas a don Andrea.

Le seducía vivir su vida a imagen y semejanza de su progenitor. Y mira por donde, él que lo sabe todo, que atrapa al que le conviene, ha sido incapaz de dar con su «retoña».

—Lógico —razoné—. La muy lagarta conoce los procedimientos del viejo.

—Según fuentes bien informadas, Genovesse es un aprendiz a mi lado, la nena se ha

convertido en un pendón de campeonato. Fulanos, numeritos de lesbianismo inclusive, pero sobre todo: DROGAS. Morfinómana perdida. Está trufada hasta el coco. Muy asequible a los tipos que hacen correr la pasta en cantidad. Ultimamente muy vinculada a Laurence Nielsen... el Kirk Locke que le cortaba todo lo que podía a los vietnamitas.

—¡Esto se aclara! —exclamé—. Lorelei, Sophia, o cómo demonios se llame, vino a verme siguiendo instrucciones de ese mal nacido. Querían cargarse a Houston, claro...

Entonces, ¿significa eso que ya tienen el alijo en su poder? ¿Tú qué opinas, Tony?

—No lo veo muy claro. Se habrían dado el bote... y siguen en Nueva York.

—Ya venía yo pensando que era preciso y urgente visitarlos. Oye, Tony...

—¿Sí?

—¿Le has cortado la mano alguna vez a alguien?

Se encogió de hombros.

—Que recuerde... no —y añadió—: Pero nunca es tarde para empezar. Buenos cuchillos sí tengo. ¿Uno para cada uno?

—Sí... uno para cada uno —y me dio la sensación de que estaba masticando las palabras.

Di unos cortos paseos, cabizbajo, por la estancia, aprovechando el paréntesis de silencio que se había abierto entre mi interlocutor y yo.

Habían sucedido tantas cosas, ¡tan absurdas y dispares!, desde el momento en que la hija de Genovesse, bajo la personalidad de Lorelei Houston, apareciese, ¡en mala hora!, por mi despacho.

—¿Has podido saber la dirección de esa tía?

—Nones. Pero sí he sabido algo del «poli» que te cazó en el tinglado de la OILSTADM-U.S.A. PETROLEUM EXPORTING.

—¿Morgan North?

—¡Ahá! Vive en Green Street, una de las callejuelas que delimitan el muelle 107. Cada noche, de regreso a su domicilio, pasa por delante del tinglado número 27. Dice que anoche se sorprendió al ver la puertecilla abierta. Nunca lo está. No obstante iba a pasar de largo cuando escuchó los disparos. Fue entonces cuando entró precipitadamente justo a tiempo de atraparte...

—¿Te lo crees?

—Ni loco. Pero por ahí nada tienes a hacer. Probar su colaboración en el cepo que te prepararon será difícilísimo por no decir imposible. El hecho de que viva en las inmediaciones le deja al margen de toda sospecha. Y si tratas de hacerle «cantar», vas a correr un grave peligro.

—¿Por...?

Me miró con una sonrisa explícita.

—Quieres una respuesta o una confirmación a lo que tú estás pensando. De acuerdo, te tendieron una trampa. North participó, correcto. Pero eso, Kramer lo ignora. El sólo necesita meterte entre

rejas y asunto concluido. Y como no es tan listo como se cree pero tampoco tan imbécil como nosotros le suponemos, imagina que tú, en un momento u otro, intentarás echarle la zarpa al sargento, razón por la que North debe ir por la calle rodeado de quince compañeros más en espera de que tú asomes el morro.

¿Es eso lo que querías oír?

No dije nada, pero como quien calla otorga, pues eso.

—¿Quieres preparar los cuchillitos?

—¡Eso está hecho, tío!

CAPITULO VIII

La Liberté.

Cosa fina.

En un sitio distinguido y elegante, eso sí.

En pleno Atlantic Beach.

Rodeado de agua por todas partes menos por la que lo unía al núcleo central del Queens a través del Atlantic Beach Bridge.

19 de Hamilton Boulevard.

Cosa fina, sí.

Y mucha «madre» suelta por allí dentro, con pantalones y correa de piel.

Y nenas muy majas también, como había vaticinado simplemente Andrea, con las que pasar un rato en el lecho de la pasión, buscando las mieles de la lujuria, debería costar un eso y parte del otro.

—¿Qué te parece todo esto, eh, Tony?

—Normal. Lo que ocurre es que tú haces vida de anacoreta y no estás debidamente preparado para la existencia moderna.

—Muy original, pero la frase no es tuya.

—De todas formas no lo publiques. Me estoy iniciando en filosofía barata.

—No te preocupes —repuse, dándole un suave codazo—. La cara tampoco sirve de nada. Que yo sepa, ni Kant, ni Hegel, ni Goethe, ni Baudelaire, influyeron tan siquiera en el modo de pensar de sus vecinos de rellano. Pasa como con la pintura. La gente se queda muy fija delante de un cuadro, fruncido el ceño, preocupados, luego van moviendo la cabeza afirmativamente, hacen un gesto grandilocuente, pero siguen sin entender lo que el pintor ha reflejado en el lienzo.

—¡Cuánto sabes! —se burló Tony.

Traspusimos las enormes y costosas vidrieras y ambos nos fijamos, aprobadoramente por supuesto, en la rubia de busto escalofriante y

escote suicida que cuidaba del guardarropía.

—¡Cómo está la tía! —me susurró Wilson. —No tienes enmienda, caliente mental.

Unos cortinajes de terciopelo grana marcaban el término del alfombrado pasillo.

Detrás, la sala central, brillantemente iluminada. En aquel instante por lo menos ya que, cuando era de precepto, luces tamizadas y polícromas sumían el local en una invitadora penumbra.

Entonces las «madres» y las que no lo eran, tenían que pasárselo de cofia.

A la derecha, ocupando algo más de la mitad del mamparo, la barra se abría invitadora para los impacientes sedientos. Al fondo, tras la pista que se alzaba por encima de las mesas equitativamente distribuidas, un escenario decorado con exquisita habilidad, por donde desfilaban las atracciones que le ponían sabor al espectáculo y a la cena o a lo que se estuviese consumiendo.

La Liberté, a un lado su explosión *gay*, se atribuía el éxito y aceptación que el público le demostraba, merced a su espectáculo sorpresa. Fuera, en el jardín de la entrada, un enor-

me cartel enmarcado con neones multicolores ya hablaba de ello.

Concretando: en aquel local no se anunciaban ni se daba publicidad a las atracciones.

Siempre constituían un pequeño y atractivo misterio para la clientela. Y el *show* era distinto cada velada.

—¿Refrescamos el gaznate? —inquirí.

—Admitido. Pero yo invito.

—Siento decírtelo, Tony, pero la idea ha sido mía.

—En ese caso... respeto la prioridad.

Nos acodamos en la barra.

—¿Qué van a tomar?

—Yo un Ancestor —dije, que es una marca de whisky caro.

—Que sean dos —se unió Wilson.

Pegado a la barra, en su final, se abría un pasillo disimulado por unas cortinas de tonalidad azulada. Sobre ellas, un rótulo impedía el acceso con sólo siete letras: PRIVATE.

Dimos buena cuenta del whisky. Y un servidor, de la cartera, porque me clavaron treinta dólares como treinta soles.

Las luces se fueron ahogando para que el tamiz polícromo sumiese la platea en suave oscuridad. El *speaker* anunció la primera actuación de la noche. Una venus tropical sudamericana llamada Alma María Luke.

Los hombres de verdad, los machos íntegros, que también los había, se frotaron las manos y dejaron asomar la punta de la lengua por entre los labios, para lamérselos. Era un acto premonitorio. Pero no todos conseguirían sus pretensiones.

Además de la «tela» hacía falta caerle bien a la chica.

Que dicho sea de paso estaba como quería.

Un cuerpo cincelado armoniosamente, expresión viva y latente de su pujanza y ardor juveniles. No más de dieciocho primaveras. Era sensual a más no poder. Del Caribe o alrededores porque estaba muy tostadita, como las castañas en noviembre. Y el rítmico palpitir de sus pechos plenos y cálidos eran un poderoso imán donde confluyeron las miradas de quienes aún sabían apreciar en su justo valor un par de preciosos senos femeninos.

Aunque hoy en día, las hormonas hacen milagros, claro. Se contoneó con delectación...

Wilson era de los que ya estaba en éxtasis.

—¡Eh, Tony! —exclamé—. A lo nuestro, ¿no te parece? —¿Te viene de unos minutos?

—Me viene.

Masculló una imprecación en voz baja y se vino tras de mí no sin antes echarle una última, completa y voraz ojeada, a la tal Alma María.

Aparté las cortinas azules.

—¿Es que no sabe usted leer?

Eso lo decía todo un hombre. De los más machos que, en apariencia al menos, recordaba yo haber visto en los últimos cien años. Era muy grande, ¿saben? Como metro noventa y tantos. Con una caja torácica que parecía de caudales por lo del blindaje. ¡Vaya mole! Tenía unos brazos que parecían troncos de árbol. Y por si todo aquello no fuese nada, llevaba el «saco» intencionadamente desabrochado para que asomase la funda sobaquera y por encima de ésta la culata, reluciente de tan negra, de su automática.

—Leer sí... pero la vista no me acompaña. Padezco de cataratas. Como las del Niágara,

¿sabe?

—¿Sí...? ¡Cuánto lo lamento! —el gorila tenía sentido del humor y todo. Señaló a Tony—. Y ése, ¿también tiene cataratas?

Negó Wilson con la azotea.

—No, mastodonte. Yo tengo... —y como por arte de magia le metió el cañón de su Parabellum en lo que en un ser humano hubiese sido el estómago—, ¡jesto! ¡Vuélvete contra la pared!

Se mostró renuente.

Por eso tuve que clavarle la rodilla en ese lugar... ¡sí, en el que están pensando!

Inmediatamente se acordó de mi mamá.

Pero como a pesar de todo tuvo que inclinarse, Tony le machacó el cogote, dos, creo que hasta tres veces, con la culata de su Parabellum.

Pero le costaba venirse abajo del todo.

Eso me obligó, en contra de mi voluntad, claro, a pegarle un punterazo en mitad de su cara simiesca que acabó estrellándolo contra el muro.

Chorreaba sangre como un tocino.

Y por fin se quedó quieto.

Pasillo adelante que te crió.

DIRECTION.

Eso decía la penúltima puerta de la derecha.

Tony, pistola en ristre, me miró expectante.

—¡Ahora! —exclamé.

Como en la guerra.

Pegó un brinco cargando contra ella, saltó en mitad de la estancia abanicando a los que estaban dentro con el cañón del arma y detrás, a lo Frank Nitti de los añorados 30, hice acto de presencia.

¡Menudo cuadro! Aquello no lo mejoraba ni Toulouse-Lautrec.

El tío le estaba pegando un sobo a la trigueña que era demasiado. «Demasié» que se dice hoy.

—Lamento interrumpir.

Ella se puso precipitadamente el sujetador.

El era un tipo alto, de buena presencia, facciones correctas y cabello grisáceo. No tenía cara de francés y por eso debía tratarse de Kirk Locke en la actualidad Laurence Nielsen.

¿Quién iba a imaginar, viéndolo ahora tan *gentleman* y guapito, que había cometido atrocidades a manta en el Vietnam?

—Dile a la chica que se largue, Nielsen. ¿O prefieres que te llame Locke?

No hizo falta que se lo repitiera porque abandonó el despacho poniéndose por el camino todo lo que le faltaba, que era bastante.

—¿Qué... quiere de mí?

Le dije a Wilson:

—Ponte detrás de la puerta, no quiero sorpresas.

Después me saqué del bolsillo aquel precioso estilete de mango oriental y labrado, uno de los muchos que el *Honorable* Chiang-Lu tenía a la venta en su museo, haciéndolo girar

entre mis dedos, para que la luz arrancase del filo del acero esquivarlas tan azuladas como hirientes.

Se lo dije:

—Me llamo Derek Brown.

Abrió mucho los ojos. Muchísimo.

—¿El... el detective? —indagó, con voz trémula.

—¿Cómo lo sabes, majo? Oye... ¿también temblabas así en el Vietnam cuando les cortabas las orejas a aquellos pobres desgraciados?

Se estremeció visiblemente.

—Yo no... de veras que...

—Mira, Locke, vamos a ser concretos y saldremos ganando todos. Tú, sobre los demás, porque así te dejaré enterito —hice girar de nuevo el estilete—, ¿comprendes? Me explicaré: hay un muerto, desaparecido por cierto, que se llama David Houston. ¿Lo conocías, verdad? Pues me lo «cargué» yo porque una zorra que se hace llamar Lorelei Wates me colocó un cuento más que chino. Ahora resulta que Lorelei es en realidad Sophia Genovesse y que está liada contigo porque le suministras el «papeo» para hacer el

«viaje». Y como resulta además que el muerto tenía escondido el producto de vuestro robo en Quon Tri, allá en el templo de Maya, he asociado ideas y llegado a la conclusión de que tú y tu socio Moreau, en la actualidad Rock Harvey, planeasteis el asunto eligiéndome como pantalla de cara a la bofia. Así las cosas, cuéntame el resto.

—¡Nosotros no planeamos nada! —estalló—. ¡Necesitábamos a David con vida para encontrar el tesoro! Nos hicimos con un plano que parecía revelar el escondrijo, pero era falso. Allí no había nada... ¡le juro que es la verdad! ¡Tiene que creerme!

—¡No te puedes imaginar lo increíble que soy! —y apartándome de la línea de tiro que yo iba ordenar establecer al instante, le dije a Wilson—: Enséñale el agujero de la pistola... ese por donde salen los «pepinos».

Le encañonó. Y yo di un rodeo para situarme a la izquierda de Locke.

—Pon la mano encima de la mesa.

Sus ojos, otra vez, se agrandaron con enorme espanto.

—¡No..., por Dios!

—¿Has oído, Tony? —me burlé—. Este hijo de perra se atreve a nombrar a Dios. ¡La mano en la mesa, Kirk!

—Se lo... ¡se lo suplico!

Con la que no sostenía el estilete, que era la zurda pero yo la manejaba igual que la diestra, le solté un puñetazo, inesperado para él, estrellándolo contra las baldosas y llevándose la silla en su caída.

Y es que uno pega fuerte, ¿saben?

—Levántate, porque si te ayudo yo...

Se alzó, con la espalda pegada a la pared.

—He dicho que la mano en la mesa.

—¡No...! ¡Eso no!

Le hice una seña a Wilson. Se vino para nosotros y tomando a Locke por un brazo le incrustó el cañón de la pistola en la sien.

—Te vuelo la cabeza y me quedo tan tranquilo, paisano —le dijo con acento ominoso—.

¡Por mi madre!

Y era para creérselo.

Me lo trajo hasta la mesa y le hizo poner la mano encima.

Yo... acerqué el filo agudo del estilete.

Y...

¡Zas!

Hice bajar la hoja con velocidad vertiginosa llevándome el pulgar por delante.

Soltó un alarido infrahumano.

—¡AAAAAAAAAAAAAG!

La sangre salpicó mesa, paredes y mi ropa.

—Quien a hierro mata... —murmuré—. Y ahora, ¿me hablas del asunto Houston, o sigo con los dedos que me quedan?

Se desangraba, de veras.

—¡No fue cosa nuestra! ¡Se lo juro! ¡Moreau y yo no tuvimos que ver en eso! —se desesperaba gritando, al tiempo que hacía lo imposible por contener la hemorragia.

—¿Quién entonces? —pregunté, frío, amenazador, como si nada de lo que estaba sucediendo allí me impresionase.

—Ella... —se estaba mareando—. ¡Lorelei!

—¡Ah!, ¿sí? Pues explícamelo, hombre. Y hazlo antes de que tengas que comer el marisco por correo.

Wilson tuvo que sostenerlo porque amenazaba con venirse abajo de un momento a otro.

—Lorelei... —le faltaba fuerza, escaseaba el aire en sus pulmones—, Lorelei dijo que había conocido un tipo con mucha pasta, que al lado de él no le faltaría nunca la morfina y que yo me podía ir al diablo.

—¿Sólo eso?

—No sé... no sé si lo dijo en serio o no, puede que lo hiciera para herirme, pero añadió que ese fulano era muy capaz de encontrar lo que yo llevaba diecisiete años buscando.

—¿Y no la vigilasteis?

—Sí... Lo hizo Moreau. Pero el primer día que siguió a Lorelei, un tipo le salió al encuentro pegándole una paliza de la que salió muy mal parado.

No te imaginas cuanto lo siento, Kirk. ¿Dónde vive tu drogadicta ex amiga?

—Quizá haya cambiado...

—¿Dónde vive!

—618 de Steinway Boulevard, en el Bronx.

Justo entonces se abrió la puerta con estrépito.

Tony Wilson, que no había estado en el Vietnam, reaccionó como una centella al mismo tiempo que yo saltaba detrás de un sofá extrayendo mi «38».

El gorila dio más vueltas que un ventilador.

Porque mi camarada, sin andarse con chiquitas, le metió cuatro balazos en el pecho.

Yo alcancé al otro en el hombro, echándolo contra la puerta.

Volví a saltar plantándome frente al herido —Antoine Moreau, rebautizado Rock Harvey— metiéndole el revólver debajo de la garganta.

¡Vaya recital de sangre!

—Vamos, hermano —y tiré de él con muy malos modales, acabando por empotrarle de un violento empujón con su también sangrante colega de crímenes, robos y sociedades.

Añadí—: Ha llegado el final, pareja. Tony..., ¡de prisa, átalos! Los disparos se habrán oído hasta en el Empire State Building.

Rasgando unas cortinas que convirtió en sólidas tiras los ató y amordazó.

—¡Vámonos, rápido!

Dos minutos escasos nos bastaron para estar a bordo del Mercury-Cougar, y siete más, para alejarnos lo suficiente de La Liberté. Me detuve en Rockaway Avenue, en las inmediaciones del John Fitzgerald Kennedy International Airport, junto a una cabina de teléfonos.

—Llama a la policía y explícales lo que encontrarán en ese horno gay. Dales la verdadera filiación de Antoine Moreau y Kirk Locke, dejando entrever su posible intervención en el asunto Houston. Pero ni una palabra del alijo que se trajeron del Vietnam.

—¿Después?

—Vete a casa de Peggy, mi secretaria. Y aguárdame allí.

Exponle lo sucedido y procura tranquilizarla. 1476 Sea View Avenue, Staten Island.

Saltó a tierra.

—¿Y tú?

—No te preocupes por eso ahora, haz lo que te digo.

Y puse el coche en marcha, saliendo disparado de allí. Le vi alzar la diestra con mal humor y supuse que exclamaría:

—¡Desagradecido!

De esos, el mundo está lleno.

CAPITULO IX

Steinway Boulevard.

En el Bronx.

No era precisamente la Quinta Avenida, pero tampoco estaba mal del todo.

El 618.

Pensé en utilizar la escalera de emergencia, pero era absurdo. ¿En qué apartamento vivía Lorelei? Sólo podía saberlo por los buzones de la entrada, y para eso, tenía que acceder al vestíbulo de la escalera principal.

Forzar la puerta no entrañaba demasiados problemas. Pero sí era de aquellos bloques de apartamentos que disponían de un vigilante nocturno la había... eso.

El estuche plano, las herramientas... y la puerta abierta.

De momento no sonó ninguna alarma, que ya era algo.

Le di al botón de la linterna de petaca. Si existía el vigilante de marras, debía encontrarse efectuando la ronda.

Eché la luz contra los buzones.

Uno, otro, el tercero, unos cuantos más... ¡allí estaba! Lorelei Wates: 7. °-K.

Por la escalera. Nada de hacer ruido poniendo en funcionamiento el elevador.

Sólo la luz piloto brillaba en el rellano. Absoluto silencio. Del posible guarda, ni rastro.

Mejor.

Puerta K.

Pegué el oído contra la hoja de madera.

Y la puerta se fue unos centímetros adelante... ¡Estaba abierta!

Pintaban bastos, ¡seguro!

Eché mano del «38». Aquello no me gustaba un pelo.

¿Me estaría metiendo en otra encerrona?

No tenía más narices que averiguarlo.

Avancé, despacio, a tientas, apagada la linterna, extremando las precauciones. Midiendo cada movimiento. Intentando escudriñar en las tinieblas, proseguí adelante, conteniendo la respiración. El corazón me chocaba contra el tórax con latidos que parecían el tañir de una campana anunciando un funeral.

¿Un ruido...? ¿Había escuchado un ruido?

¡Memeces! Tenía que confesar que estaba muy nervioso.

Dudé unos segundos sobre si era conveniente encender la lámpara portátil.

¡Al diablo! Luz...

Dejé atrás el pasillo y me encontré en el comedor-living. El lógico mobiliario. Librería y mueble bar, un tresillo, la mesa redonda...

Asomaban dos puertas. Elegí la de la izquierda. Asiendo el tirador con infinito cuidado al tiempo que apagaba la luz, lo hice girar y empujé hacia adentro con exasperante lentitud.

¿Dónde puñetas se había escondido la puerca de los treinta mil dólares?

No me atrevía a encender de nuevo la linterna.

Agucé el oído en busca de la acompasada respiración de alguien que estuviera

durmiendo.

¡Naranjas!

Ni un mal siseo.

Mis piernas chocaron con algo.

¡Diantres!

Me envaré. Tieso como un poste de telégrafos.

No había más remedio que alumbrar la estancia, y lo hice.

Y la visión que aquellos débiles rayos luminosos trajeron hasta mi retina, era de verdadero infarto. Tenía todos los caracteres de un lienzo espectral.

Sentí una extraña sensación que saltaba por encima de los humanos límites. Algo parecido a un *shock* psíquico. Traumatizada, ¡palabra!

Desorbitados los ojos, paralizado por el horror, conseguí articular:

—¡Cielo santo!

El túmulo, alto y lujoso, reflejando las imperecederas negruras de la muerte, se alzaba allí, en el centro de la estancia, sosteniendo el féretro abierto.

Horrendo catafalco al que flanqueaban cuatro gigantescos candelabros cuyos cirios estaban apagados.

Me acerqué, aunque ya suponía lo que iba a encontrar dentro.

El cadáver de Sophia Genovesse. La que yo conociera como Lorelei Wates, señora de Houston. ¡Señora de la muerte!

Ignoro cuanto tiempo permanecí inmóvil, impasible, contemplando el macabro contenido del ataúd. No había señales de violencia, lo que me hizo pensar, en el supuesto de que fuera capaz de hacerlo con lógica en aquellos instantes, que le habían administrado una sobredosis de morfina.

Por fin conseguí mover la pupilas. Primero hacia la derecha y después...

Me convulsioné, palabra. Lo mismo que si un huracán me acabase de envolver entre la turbina alucinante de su vertiginoso girar.

Porque... *eran dos los cadáveres que había en la estancia.*

No hacía falta que le volviera boca arriba para saber de quién se trataba.

Ciao, simplemente Andrea.

Con un cuchillo clavado en la espalda —eran varios los orificios que le habían causado con el filo cortante—, tendido decúbito prono sobre un impresionante charco sangriento, a la cabecera del luctuoso ornamento y a la izquierda de éste.

¿Sospechaba Genovesse la intervención de su hija en la trampa que me habían tendido para que yo me cargara a Houston? ¿Cómo había dado ahora..., precisamente ahora, con ella? O... ¿quizá antes no *había querido dar con ella*?

¿Qué importaba ahora el qué y el cómo... y hasta el cuándo?

Lo que parecía lógico era que el viejo «boss» de la época dorada del hampa había sorprendido al sádico asesino preparando el infernal decorado, y aquél le había acuchillado brutalmente.

Resultaba raro, de acuerdo con aquel razonamiento, que no se apreciase el menor atisbo de lucha.

Todo en orden.

Seguro que lo había atacado por detrás sin darle la menor opción a defenderse.

No existía mejor explicación.

Dejé de devanarme los sesos porque tenía que largarme de allí. Prolongar un segundo más mi permanencia era correr idéntico riesgo que en el tinglado del muelle 107. ¿Quién me garantizaba que Harvey Kramer y Morgan North, sonrientes y felices, no me estaban esperando en el rellano, con las pistolas en ristre y cuatro agentes uniformados con las esposas a punto?

¡Mi cerebro era todo un consuelo!

Iba a dar la vuelta...

¡Eh...! ¿Qué era aquello?

La posición de la mano diestra de Andrea Genovesse, sus dedos

agarrotados... ¡En el postrer instante de su existencia, cuando se embalaba hacia el otro barrio, había tratado de garabatear un mensaje póstumo con su propia sangre!

Sangre...

¡Demasiada sangre ya!

¿Qué había querido escribir?

Cuatro letras temblorosas dibujadas con pulso inseguro. Envié el cono luminoso sobre ellas. Forcé las retinas para leer:

Poes...

Incomprensible. ¿Cuál era el significado? ¿Qué revelaba la pista postrera que Genovesse me dejaba con su sangre?

¡Diablos! ¡No más preguntas, no más enigmas!

¡Tenía que largarme de allí antes de que fuese demasiado tarde!

Y lo hice a toda prisa. Me largué volando.

Poes...

De lo que sí estaba seguro era de que aquella palabra que los dedos sin fuerza de Andrea Genovesse no habían conseguido concluir, se convertía en la pieza definitiva de aquel sangriento rompecabezas.

Pisé a fondo.

CAPITULO X

—¡Por fin! —exclamó Peggy, echándome los brazos al cuello y apretándose contra mí casi violentamente.

La besé en los labios.

Ella se lo merecía y yo necesitaba hacerlo.

—¡Ya vale! ¿No, pareja?

—Te parieron aguafiestas y te morirás aguafiestas.

—Nada de eso —negó Wilson—, Es pura envidia. Peggy es una muchacha maravillosa que merecía mejor suerte que la de haberse

enamorado de un tipo como tú.

—Gracias por la parte que me corresponde.

—¿Os preparo café? —preguntó mí extraordinaria y preciosa «secre» cuando dimos por terminada la efusión, ardiendo aún sus labios y paladeando todavía yo su aliento.

—Al menos calentaré las tripas —intervino Tony—. ¿Cómo ha ido?

Nos sentamos en la salita.

—Fatal.

Y se lo expliqué.

—El círculo se va estrechando —comentó.

—¡Todo un alivio! —exclamé irónico—. Para lo que sirve. Muerta Lorelei o Sophia, ¡qué más da!, ¿a quién me dirijo? ¿Al maestro armero?

—¿Y esas cuatro letras?

—Descífralas tú, tío listo.

—Poes..., poes..., poes... —empezó a murmurar con los párpados entrecerrados. Y

pegando un brinco que lo proyectó desde la butaca hasta casi el techo, estalló—:

¡POESIA!

—Recítame una —ni me inmuté—. Pero que sea romántica, ¿eh? ¿No ves que estoy en éxtasis? ¿Sabes de memoria aquello de Romeo al pie de la escalera, con Julieta Capuletto en la balaustrada, hermosa ella, esperando oír las bellas frases de su amado Montescu? Anda, empieza.

—¡Vete a la...! —Tony no terminó lo que yo entendía de sobras.

—¿Poesía? ¿Y qué?

—¡Qué diablos me explicas! —se mosqueó—. Pero de lo que ha intentado escribir él a lo que digo yo sólo faltan dos letras: *ia*.

—Se lo contaré a Harvey Kramer. Para que me recite versos mientras

aspiro butano. ¿Es que no te das cuenta, Tony? ¡Estoy acabado! No me queda más opción que largarme del país.

Llegó la pelirroja con las tazas de café.

Y a la par, un brusco timbrazo puso su nota vibrante en el ámbito. Y el que le estaba dando al zumbador, era un tío impaciente. Porque parecía tener el dedo pegado al timbre.

Peggy nos miró a Tony y a mí alternativamente.

—Me situaré detrás de la puerta —anunció Wilson, exhibiendo su Parabellum.

—Tú quédate aquí —le ordené a la muchacha.

Y pusimos el otro y yo rumbo a la entrada.

—¿Dispuesto?

Confirmó con un cabezazo de asentimiento.

¡Zas! Abrí.

Le metió el cañón justo en esa parte del cuello donde la vena orte corre por debajo de la piel.

—Pestañea y te enfrío.

—¡Tranquilos, tranquilos! —quiso calmarnos el intempestivo visitante—. Vengo en son de paz.

—¡Vaya! —exclamé al reconocerlo—. ¡Pero si el bello Pietro! ¿Qué te trae por aquí a estas horas, figurín? Y no vayas a decir que pasabas por delante de la casa, has visto luz, y has pensado: «Voy a saludar al bueno de Derek y a desearle felices sueños con su secretaria». ¿Verdad que no es eso?

—Verdad —dijo Pietro, sin inmutarse.

Lo llevamos hasta la sala.

—Te presento al ganador del último concurso de Miss Travesti. Ella es mi «secre», Pietro. De la competencia, pero mujer del todo.

—¿No le vamos a invitar a sentarse? —preguntó Tony.

—¡Claro!

A punta de cañón lo incrustó dentro de una butaca.

Seguía sin alterarse. Alzando el volumen encuadernado en rojo que sostenía con los dedos de la derecha, para que lo viésemos bien, anunció:

—Vengo a traerle esto, Brown.

—¡Ah, ya decía yo! Como un Papá Noel cualquiera. ¿Quién te lo ha dado?

—El jefe. Me ha dicho que se lo entregase.

—¿Y has esperado a que lo ventilasen?

—Esas, precisamente, han sido sus órdenes. *«Sólo en caso de que me suceda algo malo...»* Y cómo le ha sucedido... ¿Tienes whisky, Brown?

Le hice una seña con la mirada a Peggy. Le sirvió la bebida y Pietro dio buena cuenta de ella de un solo trago.

—Ahora, explícate.

—Antes de ir por usted, el jefe nos ordenó que efectuásemos un nuevo registro en el domicilio de David Houston. Nos dijo que nada de planos esta vez. Habló de un libro de tapas rojas en cuyo lomo, con letras doradas, tenía que leerse la palabra: DIARIO. Este...

—¿Por qué te ordenó que me trajeses el libro si le sucedía algo malo?

Miró el vaso.

—Llévalo otra vez, preciosa.

Peggy lo hizo. Y se lo sacudió de otro trago.

—Pregúnteselo a él. ¡Yo qué sé! Le repetiré las palabras textuales del «boss»: *Sólo en caso de que me suceda algo malo deberás entregárselo a Derek Brown. Como él, ahora, no tiene paradero fijo, llévalo a casa de su secretaria.* Y a renglón seguido me ha facilitado las señas de Peggy Sullivan. Parecía muy seguro de que iba a ocurrirle algo. Conocía bien a don Andrea y su expresión al decirme todo eso... Además, se ha negado a que nadie le acompañase al domicilio de su hija.

—¿Sabía Genovesse dónde vivía...?

—¡Claro que lo sabía! Pero Sophia era la única que se atrevía a plantarle cara. Yo he intentado convencerle de que me dejara acompañarle y sólo he conseguido que me dejase hacerlo hasta la puerta. Le he visto llegar a usted, Derek. Y salir. Luego he subido yo... No tengo más que añadir. Ahora, con el permiso de ustedes, ¡me largo!

Tony le hizo recordar que era propietario de una magnífica, negra y pavonada Parabellum. Le empujó de nuevo contra el fondo de la butaca, cañón en ristre.

Yo planté mi rostro a un palmo del de aquella mariquita- da. Le espeté:

—Sólo tú, únicamente tú, nadie más que tú... sabe el lugar donde me encuentro,

¿entiendes, figurín? Si viene la policía y consigo darle esquinazo, aunque tú no hayas cantado, te cortaré la lengua a pedacitos muy pequeños, ¿vale?

Me sonrió con desprecio.

—Los de mi escuela —soltó pomposamente— no tenemos que ver con esos...

«señores». Ni tampoco con tipos como usted, Brown. ¡Ha sido un disgusto conocerle!

Dejamos que se largase.

Tomé asiento en la misma butaca que segundos antes ocupase Pietro Marini. Peggy me alargó la taza de café. Entre sorbo y sorbo prendí un pitillo mientras comenzaba a exami- nar el diario de David Houston'.

Nada de particular, por el momento.

—¿Qué puede significar este diario? —inquirió Peggy.

—De momento nada. Me estoy preguntando por qué Genovesse quiso ayudarme.

Primero la historia, después el mensaje con su sangre, ahora esto... No me acaba de convencer lo que me dijo acerca del alijo. ¿Para qué lo quería él? Ya estaba con un pie en el otro barrio.

—Quizá reparar el daño que te había hecho su hija.

—Cabe en lo posible. Pero no... Andrea Genovesse quería... *quería que yo diera con el tipo que estaba arruinando moral y físicamente a su hija, el mismo que la había empleado para tenderme la trampa, y que me lo cargase.* De hacerlo él, pronto se hubiera establecido la conexión, y a los setenta y tantos, después de haberse burlado toda la vida de la bofia... Sólo esta explicación me parece lógica —hablaba mientras seguía ojeando el diario de Houston. Estallando de súbito al detener mis ojos en una de las páginas—:

¡Mirad esto! ¡Leedlo!

Y alcé el libro para que los dos pudiesen ver la hoja a que me refería.

Leyeron lo siguiente:

POESIA FINANCIERA

«Primavera y Otoño Invierno y Verano son las cuatro estaciones que conforman el año.

Y para las cuatro vivir con lujo y comodidades, debes siempre recibir espléndidas cantidades.

¿Quién es el que de ellas come?

Apenas tengo nociones...

coge el *subway* en 183-Jerome y recorre las cuatro estaciones.»

Y di otro brinco antes de exclamar:

—¡Por fin! ¡Por fin lo entiendo! ¡Tenías razón, Tony! ¡Tenías razón! *Poesía...*, ¡ésa era la

palabra, ésa! *Poesía...*

Poesía, sí.

Poesía financiera.

Poesía escrita con sangre..., con mucha sangre.

Los dos me miraron con expresión absurda.

—El que no comprende ahora soy yo —anunció Tony.

—¡Está diáfano! Hay que tomar el *subway* en la estación 183-Jerome,

bajar a la cuarta, ir del andén de viajeros al de las cajas de alquiler... ¡y abrir la número 183! En esa caja escondió David Houston el tesoro que su hermano, Antoine Moreau, Kirk Locke y Bonnie McFarlane se trajeron de Vietnam.

—¡Increíble! —se pusieron de acuerdo para soltar a un tiempo, ella y Tony.

—¡Venga, en movimiento! —les apremié yo—. ¡No tenemos ni un segundo que perder!

* * *

La cuarta estación.

Mosholu Parkway.

El andén estaba prácticamente desierto.

Pasamos al otro, a aquél en que, alineadas por riguroso orden numérico, un millar de cajas de alquiler hallábanse distribuidas a lo largo y ancho de las paredes.

¡La 183!

Wilson y Peggy, expectantes, conteniendo él a duras penas el nerviosismo y mordiéndose ella el labio inferior, estaban pendientes de la palanqueta que mi mano, con habilidad, hacia hurgar en la metálica cerradura.

Escuchaba el latir de sus corazones, alocados, haciendo eco con el mío.

Tiré suave del asa.

¡Por fin!

¡Abierta!

Escuché el sonoro suspiro de mi pelirroja enamorada.

Vi los dilatados ojos de Tony Wilson.

Pero los míos se empequeñecieron porque... *porque dentro de la caja no había absolutamente nada.*

¡Estaba vacía!

Pasé la palma de la mano por el interior. Y la miré al sacarla.

No había huella de polvo.

Evidencia de que se lo acababa de llevar consigo el que se me adelantara para hacerse con el alijo.

—¡Maldito hija de perra! —mascullé.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Tony Wilson, con evidente desencanto.

Clavé mis pupilas en las suyas con expresión que era toda una sentencia. Pronunciando:

—Ha llegado la hora de que me la juegue, muchacho.

—¡Piensa bien lo que vas a hacer! —Peggy se llevó ambas manos a la garganta, con patetismo, porque aún sin saber lo que me proponía, había dicho bien claro que iba a jugármela. Y preguntó—: ¿Cómo?

—Sólo me queda una pista, un rastro, un hilo...

Wilson sí lo intuyó. Allí estaba si no la pregunta:

—¿Morgan North?

Cabeceé afirmativo.

—Tú lo has dicho.

—Eso no es jugársela, Derek. Eso es dirección al matadero. Una se la juega cuando hay aunque sea una posibilidad remota.

—¿Y quién opina lo contrario? Solamente North puede llevarme al cerebro enigmático y criminal que ha escrito con sangre esta maldita poesía. Tiene que conocer su identidad...

o al menos debe saber la forma de ponerse en contacto con él. No tengo otra alternativa.

O voy por Morgan North o hago las maletas y me largo.

—¡Podemos irnos muy lejos! —estalló Peggy, sollozando, abrazándome con frenético nerviosismo.

—No, muñeca. Mi conciencia no me permite huir..., y tú, algún día, te

hastiarías de compartir la cama con un cobarde —miré a Wilson y le dije—: Tony...

—¿Sí?

Miré el reloj.

—Dame media hora de tiempo. Después...

Le expliqué lo que tenía que hacer.

CAPITULO XI

El brillo de la lámpara hirió los entrecerrados párpados del tipo que estaba soplando como una locomotora.

—¡Arriba, hijo de perra! —grité.

Tirando de él afuera del lecho.

Como si de una gallina se tratase.

Retorciéndole el pescuezo.

Porque aquel maldito engendro de Satanás y ramera de barrio barato era tan culpable como la Lorelei, con la diferencia de que ésta ya estaba con el diablo inyectándose morfina y no podía hacerle más daño a nadie.

—¡Eh...! ¡Aaaag! Me está ahog...

—Eso es lo que haré, ahogarte, si no hablas con claridad, peor nacido.

—¡Der...ek, Derek... Brown!

—Yo mismo, sargento, yo mismo. ¿No tenías tantas ganas de verme?
—aflojé la presión que estaba ejerciendo alrededor de su gaznate—.
¡Pues aquí me tienes!

Confundido por el hecho de haber sido arrancado del sueño con tanta violencia y asombrado porque fuese yo quien se había atrevido a hacerlo, exclamó, sin excesiva convicción:

—¡Está usted loco!

—De remate, policía, de remate. Y los locos son capaces de estrangular a su propio padre, ¿entiendes?

Tuve la sensación de que iba a contestarme algo. Me planté frente a él para castigarle, con dos violentos trallazos descargados con toda la mala leche que llevaba encima, en mitad de su adormilado rostro.

Sangre. Por la nariz y por la boca.

Ya no venía de una gota... o de un chorro.

Faltaban las últimas estrofas de aquella poesía que alguien había iniciado y yo estaba dispuesto a escribirlas con la sangre que hiciese falta.

Se pasó el revés de la mano por la cara llenándose el pijama, la manga, de manchas rojas.

Me miraba con estupor. Asomando el pánico a sus pupilas.

—¿Qué... qué quiere? —le temblaban los labios y la voz.

—Hablar con la persona que te dijo lo que iba a pasar en el tinglado veintisiete del muelle ciento siete, que es la misma a quien has ayudado a liquidar a Sophia Genovesse, o Lorelei Wates, con tan espectacular montaje, y a su padre, el de las puñaladas en la espalda. ¿Se las has arreado tú, Morgan North?

Alzó la mano ensangrentada mostrándome la palma como queriendo evitar que volviese a sacudirle.

—¡No...! ¡Yo no...! ¡Le juro que no lo he apuñalado! ¡Ni a la chica! ¡Yo no...! Todo lo ha hecho... *él*.

Le mostré mi boca entreabierta en feroz sonrisa.

—¿De veras?

Y antes de que respondiese le clavé un viaje en pleno estómago que le llevó a retorcerse

como una culebra a la que estuviesen pinchando con dientes de tenedores.

—¡Ha sido... *él*! ¡Lo juro por Dios!

Otro que nombraba al Sumo Hacedor para descargar su asquerosa conciencia.

De un punterazo en la jeta le proyecté contra el lateral de la cama.

Sangraba a borbotones.

—No eres digno de pronunciar Su nombre, ¡cerdo!

—¡Por caridad! —se tapaba la cara con ambas manos—.

¡Por favor...! ¡Se lo... se lo suplico! ¡No me torture más!

Las palabras salían de sus labios rehinchados mezclados con escupitajos de sangre.

—¡Ah! Que no te torture más, ¿eh? Y tú..., ¿qué pensabas hacer conmigo? ¿No me dijiste que ibas a encargar silla de pista para el día de mi ejecución?

—Perdónem...

—¿Eso pides ahora, eh? Perdón... ¿Y crees que voy a perdonarte, repugnante sabandija?

Reconozco que los nervios me estaban traicionando. Porque me fui hacia él con verdaderas ganas de asesinarlo.

Pero se puso de rodillas con las manos unidas en ferviente y vergonzosa súplica.

Vi aquella cara convertida en un verdadero mapa y me contuve a tiempo de convertírsela en un muñón irreconocible.

—Quiero el nombre de ese canalla. ¡Rápido, habla!

Y una voz inesperada, que pareció nacer detrás mismo de mi nuca, preguntó con ironía y ominoso sadismo a un tiempo:

—¿Quiere saber mi nombre..., abogado Brown?

Silencio. Luego, sin volverme, repuse con firmeza:

—Quería que lo pronunciase él porque yo ya lo sé. Usted, poeta sangriento, se llama...

David Houston.

—Felicidades —me dijeron—, detective. ¿Qué prefiere que le llame, letrado o investigador?

Como quisiera. Y la felicitación estaba por más. Porque cuando había

llegado el final un error de cálculo estaba amenazando con arruinar mi triunfo.

—Mejor detective, sí —le oí decir—. Porque ha hecho honor a su excelente fama de pesquisa. Lástima que esta vez, Alan Kallberg no podrá cantarle excelencias desde su columna del *New York Times*.

—Está hundido en una ciénaga de sangre, Houston —anuncié, aparentando una serenidad que distaba mucho de ser real, porque con aquel sádico detrás mío podía sentir cualquier emoción, pero nunca serenidad. Agregué—: Sé que va a matarme..., no le viene de un crimen, ¿verdad? Pero hay alguien más que lo sabe. Una persona a la que he confiado mis sospechas.

Una diabólica carcajada.

—No se preocupe, Brown. Después... *me encargaré de Peggy*. Y ahora, muy despacio, vuélvase.

Lo hice, no sin antes percatarme de que Morgan North empezaba a recuperarse y, sorbiendo la propia sangre que a hilillos todavía le manaba por boca y nariz, se disponía a tomarse la revancha.

—¡Quieto! —le contuvo el presidente de la Warner-Houston Insurance Company—.

Limítate a desarmarle.

—¡Tengo que patearle, señor Houston!

—¡Calla, imbécil! —tralló el otro—. Y haz lo que te digo.

Me libró del «38».

—Sabe que estoy intentando ganar tiempo, ¿no, Houston? —dije, probando a desconcertarle—. ¿Por qué no aprieta el gatillo entonces?

—¡Eso! —gritó el sargento de la Brigada de Homicidios—. ¡Hágalo cuanto antes!

—¿Quieres cerrar el pico, Morgan? —escupió. Y dirigiéndose a mí—: Soy muy curioso, Brown. ¿Cómo ha llegado a sospechar de mí?

Le miré con escrutadora fijeza por espacio de unos silenciosos segundos. ¿Cuál era el juego de aquella mente ruin y sanguinaria? Sabía al dedillo, se lo había dicho bien claro, que intentaba ganar tiempo. ¿Por qué me seguía el juego?

—Leo su pensamiento, Brown. Pero todo es inútil. Aunque le conceda unos minutos más... *no saldrá de aquí con vida*. ¿Cómo?

—Su diario —le contesté—. Sólo Genovesse y yo tuvimos la oportunidad de leerlo y de interpretar debidamente la «Poesía Financiera». Y de los dos, únicamente yo he tenido acceso a la caja de alquiler ciento ochenta y tres de la estación de Mosholu Parkway... y estaba vacía. ¿Quién podía haberse llevado el alijo? ¿Quién sabía que estaba allí? Usted, Houston, usted que lo había depositado. Y hay algo en todo eso que aún no comprendo:

¿por qué escribió esa... poesía?

—Sencillo, Brown —me respondió. Ampliando—: En varias ocasiones he sufrido ataques de amnesia temporal. Han durado poco, sí. Pero siempre existía el peligro de que se prolongasen indefinidamente. Si eso sucedía de nuevo en un momento crítico, la poesía obraría de estímulo sobre mis en- gramas. Algo así como el impacto de un electroshock. Una vivificación de las células. Plantarme en Mosholu Parkway buscando el significado de la poesía era una posibilidad bastante acertada..., un psiquiatra me marcó esa pauta, de proyectar mi cerebro a la normalidad diluyendo la fase amnésica.

Por eso la escribí, Brown, por eso.

—¿Y por qué asesinó a tanta gente? ¿Y por qué me eligió a mi como conejillo de indias?

—Eso debiera saberlo, detective. Muerto el supuesto Houston por un tipo de su categoría, profesional me refiero, al que los de la Brigada de Homicidios, por razones obvias, envidia y frustración principalmente, tenían enormes ganas de meterle mano, se desviaba la atención general hacia otro punto y las verdaderas causas del crimen, lo del tesoro venido de Quon Tri seguirían en el anonimato. Y yo, el verdadero David Houston, con un ligero retoque en mis facciones y un pasaporte, me largaría... *me largaré a Europa*. *Good bye* a todos, incluido usted, detective.

—Han habido ya demasiados fallos —le dije— para que su diabólico proyecto pueda llegar a feliz término, Houston. Primero, el que yo pudiese eludir a su esbirro North en el tinglado y éste no me llevase esposado al precinto policial conforme a lo previsto. El robo de *su cadáver*. ¿Tan imbécil supone al capitán Kramer? Después de haberlo matado..., ¿para qué iba yo a querer robar su cadáver, Houston? Al contrario..., ¿quién más interesado que yo en que se comprobase que

se trataba de un pobre desgraciado con enorme parecido físico al verdadero David Houston que, engatusado por unos

cientos o miles de dólares, acudió al tinglado número veintisiete a encontrar la muerte de manos de la otra víctima propiciatoria. Porque usted estaba tras *él...*, *usted fue quien disparó sobre mí y quien lo empujó hacia los proyectiles que envió mi revólver en respuesta a los suyos.*

—¡Exacto! Pero eso sólo lo sabemos nosotros tres, Brown. Y usted no va a tener tiempo de contárselo a nadie.

Mi cerebro trabajaba a toda pastilla. El fin se acercaba. Estaba a un paso de que aquel homicida sádico le diera al gatillo.

¡Tenía que decir algo!

—¡Fue un error por su parte! —solté con vehemencia—, servirse de la hija de Genovesse.

—¡No diga tonterías, Brown! Andrea no se atrevió a tocarme ni un pelo porque a la muerte mía hubiese seguido la correspondiente investigación y habrían salido a relucir las relaciones habidas entre Sophia y yo.

—¡Claro! —exclamé, arañándole unos segundos a mi propio asesinato, que iba a producirse de un segundo a otro—. Pero usted no contaba con que Andrea se sirviera de mí para llegar hasta David Houston. Genovesse había dado muestras de una paciencia oriental toda su vida. ¿Por qué supone que jamás le habían probado nada? Confiaba en mí porque sabía que a la larga, yo, al que usted mismo eligiera como solución a su sangriento proyecto, me convertiría en su talón de Aquiles. Y así ha sido, David Houston: yo... *yo voy a ser su perdición.*

Y lo dije convencido porque mis oídos acababan de captar un apenas audible siseo. Un roce o algo parecido. Y proseguí, lanzado por ese instinto de conservación que obliga a los náufragos a agarrarse a un clavo ardiente:

—En teoría todo perfecto, Houston. Sólo en teoría. Asesinar a mansalva involucrando seres inocentes para proteger la estrategia canallesca del ambicioso plan de largarse a Europa con ese alijo que ya en su día vino manchado de sangre también inocente... no podía dar resultados positivos en el terreno real. Los flanqueados por la sangre y la muerte nunca conducen al éxito. Y usted, poeta sangriento, no ha conseguido ser la excepción que confirma la regla. Está acabado, Houston, ¡definitivamente acabado!

El ruidito acababa de llegar con mayor nitidez audible hasta mí.

—¡Maldición! —se desesperó Morgan North a mi espalda—. ¿Qué espera para terminar de una vez con él, señor Houston?

—Te reservo ese placer, Morgan. Liquidalo con su propio revólver... ¡Ahora!

Y sonó el disparo, sí.

Para hacer que la automática que empuñaba David Houston saliese volando por los aires. Al tiempo que una voz conminatoria, la de su superior Harvey Kramer, le decía a North:

—Por rápido que vayas... el agujero que te haré en la nuca superará de largo las dimensiones del túnel del *subway*. ¡Tira ese arma!

Le oí caer en tierra.

Unos segundos de confusión, sí. Los que aprovechó Houston para llevar su diestra, meteórica, al sobaco, en busca de la otra pistola que allí guardaba.

Consiguiendo extraerla.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

David pegó un brinco. Otro. Otro. Y un cuarto. Danza espasmódica la suya, trágico ballet, siguiendo el compás de la mortífera salmodia que iban entonando los cuatro proyectiles que, uno sí y otro también, habían impactado en puntos vitales de su anatomía.

Tras una espectacular contorsión, dio un giro brusco antes de desplomarse de bruces en el suelo.

Era la última estrofa de una poesía escrita con sangre.

Tony Wilson estaba palmeando mi espalda.

—¡Respira, hombre, respira! —el chico, como siempre, tenía el ánimo dispuesto a la coña—. ¡Si estás vivo!

Un par de agentes uniformados se encargaban de esposar al maltrecho sargento North.

El capitán Harvey Kramer de la Brigada de Homicidios me estaba tendiendo su diestra.

—Le felicito, Brown —me dijo—. Y si puede, perdóneme.

La estreché con fuerza.

—Puedo, capitán.

—Gracias. Cuando esté más calmado, pásese por el Precinto para efectuar su declaración. Ya la tendré redactada, porque con lo que he oído y lo que acabará de contarme mi «fiel» colaborador Morgan North, usted sólo tendrá que poner firma y rúbrica.

Le tocaba el turno a Peggy.

Ella siempre la última, ella siempre paciente, ella siempre esperando que yo...

—¿Es necesario pasar por la vicaría, pelirroja?

Me miró con sus preciosos ojazos arrasados en lágrimas.

Y aún tuvo ánimos para ironizar. Así:

—Antes de ir a la cama, sí.

—Los hay que nacen con la flor donde yo sé... —murmuraba Tony Wilson.

—Por una sola vez —le pregunté a la que estaba estrechando entre mis brazos—, ¿no podemos invertir el orden de los factores? Se dice que no altera el producto.

—Sin que siente precedente... ¿Una sola vez? ¡De acuerdo, licenciado!

Pero como la tensión nerviosa me tenía hecho cisco, lo que restaba de noche sólo tuve ánimos para besarla.

¡La dichosa vicaría también debió influir en mi conciencia!

Cuando salimos de ella...

¡Ay, si yo les contara!

F I N

Las mejores novelas de

MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**